



FEMENINO
MASCULINO

ALGUNAS LECCIONES PARA APRENDER

de los movimientos feministas y de mujeres

La Corporación Región ha estado en los últimos años sumida de manera consciente, y como parte de sus planes de trabajo, en un hondo proceso de reflexión en torno a los temas de género y mujer. Hemos contado con distintos interlocutores en las que destaca la más reciente, Olga Amparo Sánchez de la Casa de la Mujer, quién nos aportó la perspectiva de un feminismo comprometido para abordar esta temática crucial en los tiempos que corren.

El reto con el que iniciamos el año fue el de cómo incorporar en nuestros procesos esta necesaria dimensión de género que, en el caso específico de Región, como ONG mixta, significaba cómo hacer visible, asible y medible en este trienio, una dimensión de *ciudadanía incluyente para las mujeres*. Pensarlo así, implicaba demandas concretas en relación con: formulación de políticas institucionales en cuanto a la ciudadanía de las mujeres y a los roles desempeñados en lo público, lo privado y lo social; articulación del tema con la misión institucional, los programas y los proyectos; desarrollo de sistemas de monitoreo y evaluación; apertura al cambio y a otros procesos de concertación; comprensión del conflicto y la tensión entre hombres y mujeres como un ejercicio de democracia y generador de elementos de crecimiento individual e institucional; y disposición para vincular en forma sistemática la producción teórica del feminismo, en las áreas que le competen a cada programa. Lo anterior en cuanto a demandas institucionales. Porque también las había en lo personal: significaba que cada hombre y cada mujer participe de la reflexión emprendida, no sólo debía pensar en el aporte a una mayor visibilización y equidad para con las mujeres desde el proyecto que desarrolla, sino que, para ello, debía mirarse, situarse, pensarse, sentirse, descubrirse, reconocerse, expresarse, frente a la *piel* con que se ha vestido durante toda su vida.

Podemos decir con satisfacción que hemos aprendido mucho y que la Corporación Región no será igual después de estos arduos debates. Precisamente, en este número de nuestra revista que está dedicado a reflexiones sobre la masculinidad y la feminidad, hemos querido hacer un aporte a las discusiones que se dan en el país sobre el tema. De los aprendizajes obtenidos quisiéramos destacar tres.

Lo masculino y lo femenino: Más allá de ser hombre o mujer

María Eugenia Villa Martínez

La diáspora del deseo

Francisco Ibáñez-Carrasco

Feminismo: Llamado a la transformación

Olga Amparo Sánchez Gómez

La mujer: Esperanza e incertidumbre

Luz Amparo Sánchez M.

El malestar de los padres y crisis social

Marie-Dominique de Suremain

Gestualidad femenina: Entre la vida tradicional y moderna

Ángela Garcés Montoya



Hemos aprendido que las corrientes feministas son bien diversas. Que sólo cabe hablar de feminismo, en singular, como un genérico que tiene en común la denuncia del patriarcado pero, de allí en adelante, las feministas son tan diversas como la sociedad: las hay racionalistas ilustradas, marxistas, liberales y posmodernas. Es verdad que no compartimos todas las perspectivas del feminismo. Reconocemos incluso allí, en algunas de sus tendencias, un preocupante espíritu retaliador y también excluyente. Pero estas diferencias, con-naturales a todo movimiento social, se convierten en una invitación a estudiar de cerca y sin prevenciones la fecunda producción teórica de los feminismos y sobre todo, en un reto para la sociedad colombiana: ahondar en los puntos de vista propios, edificar los referentes teóricos, metodológicos y políticos que mejor se ajusten al desafío de edificar en la Colombia de estos días una sociedad sin ningún tipo de exclusión y sin patriarcalismos.

Un segundo aprendizaje es la demostración rotunda de la eficacia trans-

formadora de la persistencia y de la no violencia activa de las mujeres. Un movimiento como el feminista, con un perfil renovador incuestionable y que ha desafiado toda autoridad y todo autoritarismo moderno, es hoy calificado por la mayoría de los analistas como la transformación cultural más importante vivida en el siglo XX en el mundo. Es bien ilustrador —para el caso colombiano con mayor énfasis—: si se hace un balance de lo que queda de las revoluciones que asaltaron por medios violentos el poder en el siglo XX y lo que hicieron las mujeres a lo largo de las décadas sin disparar una sola bala, la balanza se inclina notablemente a favor de las mujeres en cuanto a durabilidad y hondura de los cambios.

Y en tercer lugar, hoy vemos con claridad que existe un enorme peligro de salida fácil con el tema, al reducirlo a una “cuestión técnica” y vaciarlo de su talante profundamente transformador de las relaciones entre las personas y las instituciones. Algunas veces, lo que se cobija bajo la denominación de “perspectiva de género”, tiene esta

tendencia, al creer que con llevar una contabilidad de destinatarios diferente o agregar en los documentos el «los/las» basta.

Hoy, la Corporación Región entiende que asumir la reivindicación de lo femenino es parte de su proyecto institucional y que hablar de “la ciudadanía incluyente para las mujeres” es un reto propio que interpela a hombres y mujeres. Para nosotros está claramente demostrado que hoy, en Colombia y en el mundo, la lucha democrática pasa indefectiblemente por la construcción de una ciudadanía que incluya a las mujeres. Esta perspectiva implica la lucha por su visibilización, la consideración de su propia agenda como relevante en las cuestiones públicas, la construcción de condiciones y acciones positivas para desactivar las estructuras de exclusión y aprovechar todo el potencial de las mujeres para la paz, para la democracia y para el desarrollo.

Porque es claro: Democracia sin mujeres, no es posible ya.

Puesto que lo masculino y lo femenino son energías complementarias de existencia simultánea, lo masculino no puede ser equiparado simplemente con el hombre y lo femenino a la mujer¹.

Lo masculino y lo femenino

MÁS ALLÁ DE SER HOMBRE O MUJER

María Eugenia Villa Martínez
Programa de Educación Corporación Región

Hasta hace pocos años los discursos orales y escritos utilizaron un lenguaje genérico para referirse a los seres humanos sin diferenciar a hombres y mujeres. Esto empieza a ser controvertido por las mujeres argumentando que es un lenguaje de hombres que invisibiliza a la mujer. Entonces se exige un nuevo lenguaje que nos nombre y nos reconozca. Actualmente nos encontramos haciendo su reconocimiento y vemos que éste se torna más complejo. Nos hemos visto abocados a complementarlo con términos como “ellos” y *ellas, os, as, los, las*; o a repetir sustantivos masculinos en su equivalente femenino y hasta usar la controvertida @. Esto a la vez que pretende la inclusión, también puede ser excluyente, o por lo menos complejo en su aplicación con aquellos seres que se autoexcluyen del estereotipo hombre-mujer.

Es sólo un ejemplo de los resultados de los cuestionamientos que hacen los movimientos feministas cuando proponen una mirada crítica al papel que la mujer ha jugado en la historia de la humanidad.

Hoy se proponen no sólo reflexiones desde la producción sino desde la reproducción, y se reafirma y confronta el que los lugares de decisiones y de poder —sobre todo en el ámbito de lo público, con respecto a la política, la economía, el arte, las ciencias, la tecnología y la religión— hayan sido y sigan siendo ejercidos mayoritariamente por los hombres, consolidando un tejido de identidades entre ellos. Este ejercicio del poder ha dejado huellas en las estructuras sociales, políticas, económicas y religiosas; en los discursos intelectuales, científicos y artísticos; pero también en el alma y en la piel de los mismos hombres y mujeres, de la naturaleza y del universo.

El poder de los hombres es mirado y analizado desde múltiples posturas y con variados calificativos desde los movimientos feministas. No pretendo dar cuenta de esta controversia, sino más bien reflexionar sobre el por qué de estas prácticas ejercidas por los hombres se reducen —en el lenguaje— a “lo masculino” y lo referido a la mujer a “lo femenino”. Esta ligazón —mecánica y sin argu-

mentos— es la que quiero poner en cuestión y a la que invito a reflexionar: ¿Por qué igualamos lo masculino con el hombre y lo femenino con la mujer?

¿Separar más que unir?

Propongo dudar de estas relaciones tan aparentemente coherentes y aceptadas. Femenino igual mujer, masculino igual hombre, se presta a reduccionismos que no ayudan a entender al ser humano y al mundo de manera integral. Olvidar lo femenino en el hombre y lo masculino en la mujer es seguir creyendo que la separación y la división son inherentes al origen de la humanidad:

Existe la tendencia a asumir que la sensación de estar separado ha existido siempre, uno lo da por hecho y entonces consolida la división entre uno mismo y el mundo².

Ocurre lo mismo con otras categorías del lenguaje que se acogen como

1. Miriam y José Argüelles. *Lo femenino*. Editorial Kairós. Barcelona, 1989. Pág. 111.
2. *Ibid.* Pág. 20.

códigos *comunes*: hombre/mujer, cuerpo/mente, vida/muerte, blanco/negro, bonito/feo, democrático/autoritario, razón/corazón, naturaleza/cultura, violencia/paz, juventud/vejez, bueno/malo; que se aprecian como categorías separadas además de contradictorias, desconociéndose la filigrana que en algún momento las une o por lo menos las reúne.

Un ejemplo de esto es el eslogan que se ha puesto de moda entre nosotros como protesta a la guerra cotidiana: "los buenos somos más". Esto nos hace pensar que en estas categorías se acuñan juicios morales y visiones particulares sobre lo *bueno* y lo *malo* que separan, dividen y consideran lo *malo* como algo externo que hay que erradicar. Es controvertido hablar del *mal*, pero es bueno reconocer que no estamos tan lejanos de él. Lo *malo* como despreciable, está atravesado por nuestra concepción católica que lo asimila con el *demonio*, de lo que hay que alejarse.

Lo que más me interesa destacar es el riesgo que corremos al tomar a los hombres y a las mujeres como polaridades genéricas, demarcando y a ve-

ces antagonizando las diferencias y no sus complementariedades, sin tener en cuenta la existencia de lo femenino y lo masculino en ambos, lo que puede dar pie para un *nuevo* combate:

En virtud de la polarización histórica de los roles del hombre y la mujer, lo femenino ha sido frecuentemente estereotipado como lo intuitivo, emocional y subordinado, y lo masculino como lo egoísta, lógico y dominante. Bajo estas creencias populares subyace un deseo de igualar o de subvertir los roles sociales aceptados, antes que tratar de entender y apreciar la realidad de aquello que somos. Alguno podría argumentar que, puesto que las mujeres son esencialmente femeninas, y en consecuencia se supone que son más compasivas y menos agresivas que los hombres, entonces sería mejor que la sociedad fuera matriarcal. La lógica patriarcal que afirma que las mujeres son esencialmente domésticas y pertenecen al hogar, es la contrapartida de la ló-





gica matriarcal que afirma que las mujeres están mejor dotadas para gobernar el mundo. Ambas actitudes tienen una raíz común: las mujeres defienden los derechos de autor sobre lo femenino, y los hombres hacen otro tanto con lo masculino. Estas concepciones chauvinistas alimentan un combate recíproco. Se enfrentan dos ejércitos, cada uno con sus respectivos imperativos territoriales, y luchan por sus creen-

cias en una especialidad que carece de las especificaciones necesarias³.

No trato de obviar las diferencias que como hombres o mujeres existen de manera particular en las diversas culturas y tiempos históricos. La intención es más bien preguntarnos si el camino de oposición por pertenecer a una u otra identidad, a una subjetividad, es un camino que se dirige hacia la comunión y la integración, o propicia la división y la separación.

Es verdad que han existido y siguen existiendo iniquidades, pero creo que trascender los principios de lo femenino y lo masculino más allá de la identidad sexual o de género nos permitiría reconocer que se trata de proponer un equilibrio. Un equilibrio que no lo garantiza sólo el hecho de ser hombre o mujer, sino que es necesario ver lo femenino y lo masculino como energías complementarias para la fluidez y la armonía de los sistemas políticos y sociales.

No se trata sólo de que las mujeres ocupen cargos públicos sino también que lo femenino circule en las políticas. El hecho de reconocer a los jóvenes, a las mujeres y a los niños *especiales* en las políticas públicas es un principio de inclusión que se podría considerar como femenino. Proponer el diálogo en la guerra que vivimos, es también un principio femenino, que hoy es abanderado por muchos colombianos cansados de la agresión y la guerra. Pero, para que ese diálogo se dé, no es necesario que sean las mujeres exclusivamente quienes lo lideren —aunque sería una buena innovación— sino que sean principios reconocidos y llevados a la práctica, principios femeninos encarnados en el cuerpo, en la práctica y en la acción.

¿Hombres protagonistas, mujeres oprimidas?

La visión del mundo que claman hoy algunas mujeres comienza a cuestionar el papel de los héroes, los protagonistas y las visiones del mundo que han marcado la historia.

La historia que conocemos ha sido contada y liderada especialmente por los hombres, lo cual es asunto polémico si establecemos comparaciones justas en relación con los roles de hombres y mujeres. Sin embargo, hay dos matices a tener en cuenta: uno, considerar a más de la exclusión o la opresión de la mujer, los privilegios y saberes que por ello construimos, y lo otro, que aunque es una historia contada por hombres, no puede determinarse como una historia masculina, ya que muchos de ellos han hecho grandes aportes que podrían asimilarse al principio de lo femenino.

En el primer matiz se trata de mirar las exclusiones y opresiones a la mujer así como los placeres, pasiones, privilegios y saberes que se desprenden como consecuencia de que el asunto de lo público y el protagonismo en la guerra no son asuntos propios de ellas —por lo menos como interés colectivo y como movimiento social—. No se trata de desconocer las exclusiones, ni el machismo que esto supone, sino valorar lo que también han permitido: Mientras los hombres están liderando y escribiendo la historia ¿las mujeres dónde estaban, qué hacían, cuál era su sabiduría?

No creo que la historia de las mujeres sea sólo opresión y frustración, es necesario hablar también del placer, que a pesar de estas iniquida-

3. Ibid. Pág. 115.

des, siempre ha existido y de alguna manera se ha manifestado, pues es también un principio femenino. La interioridad y posiblemente estos encierros permitieron avances culturales en la mujer, en su intimidad, que sólo hoy vivimos como fruto, pues esas mismas exclusiones nos han hecho pensar de manera diferente.

Un ejemplo para mirar cómo la mujer se las ingenia para expresarse aunque la sociedad no se lo permita, son las fiestas que las mujeres en la Grecia de Pericles hacían dos veces al año. Si bien fueron excluidas socialmente en el discurso y en el cultivo del cuerpo, también se las ingeniaron para compensar esta falta de expresión creando dos fiestas: Las *Tesmoforias* y las de *Adonis*:

...los rituales que observaban sólo las mujeres revelaban de una manera más aguda el poder de adaptar el pasado al presente. Uno de éstos, las Tesmoforias, pretendía dignificar el frío cuerpo femenino; otro, las fiestas de Adonis, devolvía a las mujeres esas capacidades de lenguaje y deseo que Pericles les negaba en la oración fúnebre⁴.

En el segundo matiz se trata de identificar lo que se acerca a los principios de lo femenino y de lo masculino. Muchos pensadores han sido hombres, pero sus ideas y pensamientos podrían catalogarse dentro de principios de lo femenino: me refiero por ejemplo a Heráclito, quien en su discurso reflexionaba sobre los opuestos como energías complementarias; me refiero a lo femenino de los griegos al exponer su cuerpo desnudo de manera igual que sus ideas —entendiendo que era una práctica exclusiva para los hom-

bres, lo que para algunos se acerca a la misoginia— pero, mezclando elementos femeninos: culto al cuerpo, a la belleza, a la desnudez, con elementos masculinos: el ágora, la razón, ambos expresados en los hombres de esa manera particular.

Podríamos nombrar también a Gaston Bachelard, quien como científico invita al descubrimiento de lo femenino y lo masculino en el ser, expandiendo el discurso de la ensoñación y la poética como de esencia femenina. Carl Jung hace aportes a una nueva concepción de lo femenino y lo masculino como características propias de la psiquis humana. Gregory Bateson quien hace un llamado a la integración de la emoción y la razón. También, la autora Riane Eisler⁵ hace alusión a la cantidad de escritos sobre lo femenino, realizados por hombres, los cuales se expresan en obras de clérigos como Heinrich Kramer y James Sprenger, en poetas como William Blake, filósofos como Herbert Marcuse, entre otros.

Así nuestra historia no podría ubicarse como netamente masculina ya que son muchos los aportes de estos pensadores al acercamiento a naturalezas y principios característicos de lo femenino.

Las mujeres preguntan... las diosas responden

Uno de los aportes interesantes en los cuestionamientos que hacen algunas feministas a la historia “patriarcal” son las preguntas que podrían desprenderse de allí por el origen de la humanidad: ¿Cómo fue el inicio? ¿De quién y cómo hemos nacido? ¿Si hay dioses también hay diosas? ¿La primera divinidad es un dios o una diosa?

Esta discusión nos lleva a preguntarnos no tanto por el hombre y la mujer sino más bien por el origen, por el nacimiento de civilizaciones y también por mitos sobre el origen del universo, lo cual es común que se ligue a una madre y a un padre, a lo femenino y a lo masculino.

Estas polémicas suscitan nuevas búsquedas, ponen a circular en el lenguaje los dioses y diosas, no sólo arquetipos masculinos sino también femeninos, no sólo lenguajes consciente sino también inconscientes, no sólo pensamientos sino también emociones; aspectos que eran ignorados por los discursos cotidianos y académicos. Por ejemplo, se nombra a la Gran Diosa, la “gran madre”, al útero cósmico, o a “pacha mama”, como propuestas mitológicas que hacen referencia al origen del universo, desde la madre que da vida y también muerte, que construye y destruye, lo que la hace encarnar esta paradoja⁶.

Marta Cecilia Vélez, hace referencia a la Gran Madre aludiendo a su cualidad de unidad, de integración del todo. En la Gran Madre:

[...]moran los seres y la naturaleza, los espíritus y las fuerzas, los sentimientos y las emociones, en una unidad que nos habla de la gran reunión del Todo.

4. Sennet, Richard. Carne y piedra: El cuerpo y la ciudad es la civilización occidental. Alianza Editorial. Madrid, 1994. Pág. 74.
5. La transformación social y lo femenino: de la dominación a la colaboración solidaria. En: Ser Mujer. Editorial Kairós. Barcelona, 1992. Pág. 66.
6. La paradoja ha sido estudiada por Carl Jung, en la cual reúne las polaridades, resaltando la importancia de la constante tensión entre lo consciente y lo inconsciente, lo masculino y lo femenino, la oscuridad y la luz, tanto en el plano individual como en lo que él ha llamado inconsciente colectivo.

Ella es diosa, madre, animal, planeta, plantas y árboles, ríos y lagos. Ella es el viento, con el cual se aparea y da origen a todas las cosas y los seres. Ella es el amor y el odio, brinda confianza y siente compasión, pero su ley de la vida es implacable en cuanto a la subversión de sus leyes y a los atentados contra la naturaleza; atentados que los humanos sufrimos como despiadada cólera y manifestación invasora.

Ella es el día y la noche, la tremenda oscuridad que bajo las formas del sueño nos habla en un lenguaje simbólico —su lenguaje propio— para enseñarnos la realidad última de toda configuración de sentido, esto es, la realidad en su doble manifestación: realidad y virtualidad, superficie reflectora y reflejante, espejo de nuestros propios miedos y nuestras más grandes posibilidades⁷.

[...] Pero la Gran Madre no sólo articula y expresa su unión en los acontecimientos externos de transformación, unificación y movimiento de la naturaleza, sino también, y especialmente, en los procesos internos del individuo humano, en las vivencias interiores —psíquicas y espirituales—, en sus percepciones, sensaciones y pensamientos [...]»⁸.

Esta versión de la Gran Madre nos muestra a la gran conciliadora que pretendía la integración más que la separación y nos alienta a extrapolar estos principios para llevarlos a la práctica en nuestro mundo actual. De esta mitología sería importante rescatar los principios femeninos que caracterizan su esencia, su alma, no sólo para las mujeres sino como principios universales, ya que son principios que buscan la conciliación, la unidad, la mezcla de polaridades aparentemente contradictorias. Esa

esencia de la Gran Madre se valida en estos momentos de confrontación política, económica, social y religiosa no sólo en Colombia sino en todo el mundo.

Si retomamos este principio de origen, acudiendo a estos postulados, y si lo desligamos de la identidad sexual, veremos la necesidad de un cambio de mentalidad en esa visión del mundo que violenta y aniquila al adversario. Esto nos coloca frente a un mito primigenio conectado entre lo masculino y lo femenino, principio que posteriormente se ha separado.

Lo importante sería aplicar este juego de esencias en cualquiera de las propuestas políticas, económicas, culturales, religiosas y espirituales que se promulgan hoy en día. En todas ellas se conjugaría lo femenino con lo masculino, se expresaría el equilibrio al darle la expresión de ambos, lo que implicaría cambios profundos en la manera de relacionarnos con la vida y con la muerte, con la subjetividad y la objetividad, con la naturaleza y la cultura, con lo privado y lo público, con lo individual y lo colectivo, con lo bueno y lo malo, con el hombre y la mujer, con lo mío y con el todo.

¿Y entonces... qué es lo femenino y qué es lo masculino?

Cada cultura ha manifestado unas maneras que podrían condensarse en lo masculino y lo femenino como resultado de unas prácticas culturales, políticas, sociales, económicas, educativas, religiosas, que delimitan y dan cuerpo a principios universales.

Diferentes autores han estudiado es-

tas categorías desde los campos de la psicología, la mitología y la filosofía, tanto en Oriente como en Occidente; aunque cada uno de ellos hace énfasis particular en alguna característica, quiero dar un ejemplo, tratando de relacionar algunas de estas propuestas, advirtiendo que cualquiera de ellas requiere de mayor profundidad y contextualización, pues recojo de diversas corrientes, echando mano del eclecticismo:

Lo femenino, desde el taoísmo, se considera lo yin (femenino); los hermetistas lo consideran como el agua o la luna; en la filosofía hindú existe el símbolo Ida (femenina). El yin chino corresponde también al principio de la luna, la noche, lo negativo, lo receptivo y al inconsciente en el plano psicológico del ser. También se hace referencia a lo femenino en relación con el instinto, la intuición, los procesos interiores y la conciencia de la corporeidad. Simbólicamente también se ha relacionado con el cáliz, con la tierra y por lo tanto con la relación directa con la naturaleza y el tiempo. Desde la mitología griega, se hace referencia entre otros al dios Dionisio. Para Carl Jung, desde la psiquis haría referencia al ánima.

Lo masculino, desde el taoísmo, es el principio yang (masculino); los hermetistas lo consideran como el fuego o el sol; en la filosofía hindú existe el símbolo Pingala (masculina). El Yang chino corresponde al sol, a lo activo, a lo positivo, a lo diurno y al consciente en el plano psicológico del ser. También se refiere a lo masculino como principio mental, acercamiento a la razón, al logos. Se relaciona con procesos

7. Los hijos de la Gran Diosa. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín, 2000. Pág. 194.

8. Ibid. Pág. 205.

expansivos y exteriores. Algunos lo simbolizan con la espada, y también con la energía celeste y el tiempo. Desde la mitología griega, se hace referencia entre otros, al dios Apolo. Para Carl Jung haría referencia al ánimus.

Estas clasificaciones suelen ser muy controvertidas y más, cuando se asimilan unas y otras a hombres o mujeres, pues se puede llegar a concluir que la pasividad, lo negativo y la oscuridad es característico de la mujer, lo cual da pie para suponer que estas categorías también parten de un principio de mayor valoración de los hombres al ser la luz, lo positivo y la actividad. Es por esto que veo la necesidad de no reducir estos principios de manera exclusiva a los géneros, lo que de hecho nos involucra con uno y otro principio en el plano individual.

También es necesario reflexionar por qué se podría llegar a valorar socialmente más el sol que la luna, lo positivo que lo negativo, el día que la noche, lo consciente que lo inconsciente, la luz más que la oscuridad, pues muchas de estas cualidades están acompañadas de historias y culturas que los han jerarquizado y valorizado de acuerdo también a unos principios e intereses. Por eso, no es gratuito que algunos autores planteen que más que la liberación de la mujer, se trata de la liberación de lo femenino en el ser y en el universo⁹.

Si continuamos con estos principios de lo femenino y lo masculino en el ser, hasta llegar al cuerpo físico, vemos que allí también se expresa, lo cual está más claro para los *orientales* que para los *occidentales*, aunque, paradójicamente, los autores que retomo son alemanes y parten

del estudio de las particularidades de los dos hemisferios:

Según la actividad del individuo, domina en él uno u otro hemisferio. El pensamiento lógico, la lectura, la escritura y el cálculo exigen el predominio del hemisferio izquierdo, mientras que para escuchar música, soñar, imaginar y meditar se utiliza preferentemente el hemisferio derecho... La especialización de los hemisferios refleja con exactitud las antiguas doctrinas esotéricas de la polaridad.

[...] Así, el hemisferio izquierdo Yang es masculino, activo, supraconsciente y corresponde al símbolo del sol y al lado diurno del individuo. La mitad izquierda del cerebro rige el lado derecho del cuerpo. El hemisferio derecho es Yin, negativo, femenino. Corresponde al principio lunar, es decir, al lado nocturno o inconsciente del individuo y lógicamente, rige el lado izquierdo del cuerpo¹⁰.

Sabiendo de antemano de la imposibilidad de que un hemisferio funcione con total independencia del otro, de todas maneras, queremos compartir algunas pistas que estos mismos autores proponen como cualidades de uno y otro, en relación con lo femenino y lo masculino:

El hemisferio derecho —yin/femenino— tiene predominio hacia características como lo pasivo, lo magnético, lo alcalino, la percepción de las formas, el olfato, la expresión gráfica, el pensamiento analógico, el simbolismo, la holística, la intuición, la música, formas de expresión arcaicas, la orientación espacial, y rige la mano izquierda y el lado izquierdo del cuerpo.

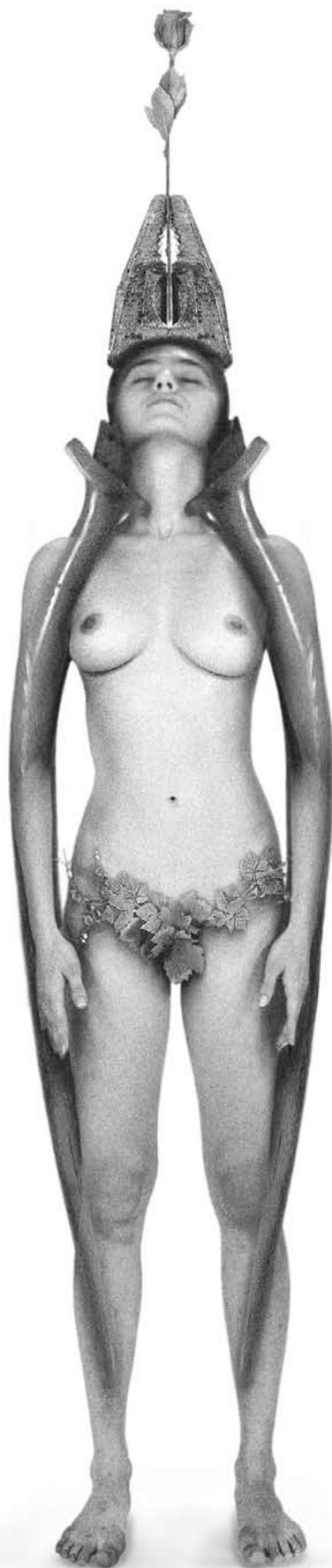


El hemisferio izquierdo —yang/masculino— tiene predominio sobre lo activo, lo eléctrico, lo ácido, la lógica, el lenguaje, la escritura, lo verbal, la interpretación del entorno, el pensamiento digital, el pensamiento lineal, el cálculo, la inteligencia, la noción del tiempo, y rige la mano derecha y el lado derecho del cuerpo.

Visto de esta manera, lo masculino y lo femenino no sólo tendrían relación con el origen de la humanidad, con

9. Robert M. Stein. De la liberación de las mujeres a la liberación de lo femenino. En: *Ser Mujer*. Editorial Kairós. Barcelona, 1992.

10. Thorwald Dethlefsen y Rudiger Dahlke. *La enfermedad como camino: un método para el descubrimiento profundo de las enfermedades*. Plaza & Janes. Barcelona, 1993. Págs. 35-37.



nuestra psiquis, con la naturaleza, sino también con nuestro cuerpo, y desde luego, con la cultura y la historia tanto individual como colectiva, ya que de generación en generación se perpetúan lazos pero también se rompen. Acercarnos a esta visión de lo masculino y lo femenino, nos remonta a Oriente, pues es allí donde estos principios se han vivenciado de manera muy arraigada a estas culturas, en especial los chinos, japoneses e Indios.

Sería interesante detenernos aunque sea por un instante a preguntarnos como colombianos, latinoamericanos y *occidentales*¹¹ ¿qué tenemos que se acerque a lo masculino y qué a lo femenino? ¿Qué noción de lo femenino y de lo masculino hemos construido de manera colectiva e individual?

¿Occidente igual razón?

Se dice que Occidente le apuesta desde la Ilustración a un mundo racional y objetivo que nace cuatro siglos atrás y que se consolida como una característica aceptada, no sólo para Occidente, sino para los hombres en particular. Esto no deja de ser controvertido, ya que lo racional porta a su vez principios femeninos y masculinos.

Es común que lo racional y objetivo se le atribuya a los hombres y por ende a lo masculino, pero no podemos referirnos al pensamiento racional como algo homogéneo, ya que esa misma racionalidad es también la que ha permitido que corrientes de pensamiento como los existencialistas empezaran a pensar el mundo desde ellos mismos, desde su singularidad como seres humanos, lo que alimenta en la actualidad el concepto de subjetividad, tanto para hombres como para mujeres.

Dentro de lo racional caben matices de discursos, algunos inclinados hacia lo masculino y otros con tendencias hacia lo femenino. Hay que reconocer el aporte que desde el campo literario y artístico han hecho hombres que podrían asimilarse a principios de lo femenino. Por ejemplo Lawrence Durrell, Proust, García Márquez, quienes detallan el mundo desde la cotidianidad, los sentidos, la imaginación. Lo *masculino* y lo *femenino* están inmersos en el ser, más allá de lo biológico, atravesando también diferentes lenguajes, discursos y sensibilidades.

Si asumimos lo racional como característico de Occidente, habría que preguntarnos por el corazón de Occidente, o por su cuerpo, que también ha estado presente en los desafíos de la razón. No se puede equiparar lo racional a lo masculino y mucho menos reducirlo a una característica exclusiva de los hombres. Tampoco puede afirmarse que el pensamiento racional es lo característico en Occidente pues hay pensadores que han aportado juicios que parten de principios femeninos.

División cuerpo-mente: ¿una realidad?

Podríamos decir que uno de los hitos en Occidente han sido los planteamientos formulados por Descartes en relación con el cuerpo y con el alma, que apuntan a una separación tajante en la esencia del ser. El filósofo Ken Wilber hace referencia a esta

11. Lo entrecornillo, pues a veces nos incluimos y otras no. A veces nos incluyen y otras no. Pareciera que Occidente está más referido al pensamiento de las potencias europeas y los Estados Unidos. Allí no se incluyen las culturas indígenas, negras, ni los movimientos obreros en Latinoamérica, nuestras "subjetividades" en este término no cuentan ... mejor nos llaman "tercer mundo".

división como uno de los grandes desastres de la modernidad¹².

Descartes consideró la mente y el cuerpo como reinos separados. Esta división ha tenido una gran influencia en la generalidad del pensamiento occidental. A partir de estos postulados la mente cobra fuerza y se valora más frente a los sentimientos, las sensaciones y las emociones. Es como si el “pienso, luego existo” no tuviera ninguna relación con el “siento, luego existo”; el intelecto y la racionalidad, separados de la sensibilidad, la intuición y la trascendencia. Cuerpos divididos, cuerpos fragmentados, que no posibilitan el equilibrio del ser o respuestas al vacío existencial de la época.

Hoy en día no resulta tan fácil sostener esta división dados los múltiples estudios en relación con el cuerpo y con la mente y dadas las posturas que argumentan la interconexión entre mente y cuerpo. Muchos autores en la actualidad, desde un discurso racional, promueven la integración de la mente y el cuerpo, de la razón y el corazón, es el caso de Gregory Batenson y Humberto Maturana.

La paradoja, un buen aliado

Así como el cuerpo y la mente se estudian separadamente, también en Oriente y Occidente se ven como dos polaridades, al igual que lo femenino y lo masculino. Creo que la unicidad e integración que habitaba a la Gran Diosa, puede ser un postulado para los sujetos y para los colectivos, como seres humanos que habitamos este planeta en común-uniión con la naturaleza.

Se trata de incorporar estos principios tanto en el plano individual como en el colectivo, rescatando

la necesidad de integrar, o por lo menos, relativizar los opuestos, de establecer comunicación entre ellos y, más que muros, levantar puentes para que estos elementos que muchas veces nos cuesta reconocer en nosotros mismos empiecen a ser reconocidos como parte esencial de la vida, del universo.

No estamos tan lejanos de la maldad, ni de los hombres, ni de la guerra, ni de la ambición, ni del poder, ya que a nuestro interior coexiste una lucha con nuestro femenino y nuestro masculino. Si nos acercamos a nuestros propios desequilibrios, a nuestras propias maldades y egoísmos, a nuestras propias violencias y guerras, no nos sentiremos tan ajenos a las expresiones de lo externo a nosotros, tanto en el plano local como mundial.

Todo está en continuo cambio y lo que un día fue expresión esencial de lo masculino, poco a poco se irá tornando en lo femenino y viceversa, el mundo es constante mutación y seguirá distinguiéndose por ello: el cambio, la renovación, la creación, lo cual implica rupturas, duelos, dolores, nacimientos, muertes, lo que no deja de ser una constante paradoja:

[...] estamos siendo testigos del inicio de un tremendo movimiento revolucionario, que parece ilustrar el antiguo refrán chino que dice: “Cuando el yang ha alcanzado su punto culminante, retrocede dejando paso al yin”. Las décadas de los años 60 y 70 generaron una serie de movimientos sociales que parecían converger en una misma dirección. La creciente preocupación por la ecología, el intenso interés por el misticismo, el surgimiento de la conciencia feminista y el redescubrimiento de los enfoques holísticos sobre la salud

y la curación, son todas manifestaciones de una misma tendencia evolucionaria. Todas ellas vienen a contrarrestar el excesivo énfasis puesto en lo racional, en las actitudes y los valores masculinos y tratan de recuperar el equilibrio entre los aspectos masculino y femenino de la naturaleza humana. Así, la conciencia de la profunda armonía existente entre la visión del mundo de la física y la del misticismo oriental, aparece como parte integral de una transformación cultural mucho más amplia, que nos lleva a una nueva visión de la realidad, visión que requerirá un cambio fundamental en nuestros pensamientos, en nuestras percepciones y nuestros valores...¹⁵.

Creo que es necesario volvernos más amigos de las paradojas, de las dudas, de la relatividad y de las preguntas *mafaldescas*. Todo esto, para cuestionar el mundo en que vivimos, nuestra cultura, pero también cuestionarnos a nosotros mismos, para mirar afuera pero también adentro, para escuchar la genialidad de la razón pero también los latidos del corazón, para acoger lo consciente pero también lo inconsciente, para expandir el logos pero también la corporeidad, para acceder a la objetividad pero también a la subjetividad, para sentir que somos vida pero también muerte, para sentir que somos luz y también oscuridad, que somos luna y sol, que somos tierra y cielo pero, sobre todo, para sentir que somos todo y somos nada y somos nada y somos todo.

●

12. WILBER, Ken. Breve historia de todas las cosas. Editorial Kairos. Barcelona, 1996.

13. FRITJOF, Capra. El tao de la física: Una exploración de los paralelismos entre física moderna y el misticismo oriental. Editorial Cirio S.A. Málaga, España, 1997. Pág. 13.

Usted y yo, estimado lector, podemos pensar la masculinidad y la feminidad (medio a la antigua si usted así lo quiere), en términos de democracia pausada y contestataria, que no busca la liberación del deseo como un antídoto, cura milagrosa, resultado o final de camino.

LA DIÁSPORA DEL DESEO

Locas, mujeres y machos recios en el milenio post-postmoderno

Francisco Ibáñez-Carrasco

Ph.D. Vancouver, B.C. Canadá
Cuentista, consultor e investigador en salud, sexualidad y multiculturalismo.

Ahora que el terrorismo ha derrumbado esa doble erección neoyorquina emblemática del poder económico y político, ese que nos calienta a todos, nos debemos preguntar de qué nos sorprendemos tanto —¿De la pena de los deudos al no poder ver a sus finados? ¿De lo súbito de la muerte? ¿Del rencor al privilegio americano rebozando por todo el orbe? Nos sorprende el cambio en sí, acelerado, como si el marcapasos se nos hubiera enloquecido de lujuria violenta. Si usted cree que los hechos del 11 de septiembre del 2001 en Nueva York o en Santiago de Chile en 1973 no tienen nada que ver con nuestras ideas de masculinidad, de guerra, de desagüe de testosterona y rechinar de dientes caníbales, se equivoca usted querido lector. Todo está encadenado como cuentas de un rosario de deseo que se retuercen en las manos febriles de los feligreses.

Ha corrido mucha agua bajo los puentes del exilio latino, maricón y anónimo, del exilio homosexual norteamericano del pueblo al abrigo de las metrópolis en los años 70. Muchos cadáveres hemos visto pasar

flotando, de bruces, hinchados de Sida. Estos son exilios poco engalanados, que no tienen lugar en los altares heroicos o políticos. Diez y seis años atrás entré desde el gran Santiago de Chile a la Norteamérica por la estrecha puerta dentellada que lo masca todo y lo escupe a medio rumiar. Entré como refugiado económico, que es como ser parido al revés —¿es que hay alguna otra forma de entrar? Y me pide usted señor editor que reflexione acerca de la masculinidad (y por dialéctica, de la feminidad) en el mundo actual— magna tarea esta. Le busco por dónde penetrar al tema y hallo sólo desencuentros, porque todo lo que he ‘aprehendido’ en Norteamérica, en los medios, la vida doméstica, los libros académicos, y a flor de piel es acerca de contagio y el sinsabor de la ‘*gay liberation*’. Pero basta de titubeos rococó, de ilusión de muchacho enamorado del compañero de clases. Vamos al ‘desgrano’.

Acúseme usted de nostálgico o reaccionario, pero soy un gran partidario de lo que los gringos llaman el ‘*closet*’, ese vasto territorio en el cual

permutamos intereses, actitudes y autoestimas. El *closet*, que es como el espacio virtual y desenfrenado del Internet, el diluvio de inmediata fantasía. Nos dicen que estamos ‘*out*’, que hemos destapado el *closet* —el no asumirse como el ser sexual/erótico que uno es— cuando miramos dentro parece estar vacío, y yo digo que no. El *closet* existe y está habitado por los (des)aparecidos, siempre aquí, y perdidos para siempre.

Yo soy partidario de la discreción, la (des)información (que no es lo mismo que la ‘mentira’), la ambivalencia, la dis(*loca*)ción — un deseo profundo y militante de terrorista *underground*, del adolescente, albañil, o policía que mantiene su mujer y a sus hijos y también mantiene a un querido varón en el barrio arrabalero al otro extremo de la ciudad. Yo sugiero que el trocadero del deseo estimula la diferencia, la dignidad y el respeto mutuo, nunca pensé en escribir esto, era lo que decían los viejos, los ‘siuticos *chilensis*’, los homosexuales ‘tapados’ cuando yo era un adolescente, ‘se dice pero no se hace’, ‘a buen entendedor pocas

palabras', 'ojos que no ven corazón que no siente'. Yo que he apuntado con el dedo a la inhabilidad de mis congéneres de lidiar con la epidemia del Sida y su inevitable lazo con el transgresor deseo maricón en todas las Américas durante los años 90. Yo que he sido engrabado por la epidemia con un silabario de lesiones de sarcoma y una poesía violenta. En los 80 y los 90 fue crucial tener una clara identidad sexual. Yo digo 'loca' y digo 'maricón', o cualquier otra fina palabra de nuestro nutrido léxico; nótese que no escribo "gay" —la diferencia, ya verá usted es significativa—.

De la vida sostenida a punta de fármacos después de la vida lo espero todo, la libertad de la impudicia y la prisión del deseo concebido en la sombra, pero recibo con agradecimiento lo que me quiera entregar —que pío este sentimiento que albergo, yo que repudí las nefastas religiones organizadas y su cruzada contra los portadores del deseo: los homosexuales, las prostitutas, los sidosos, los adictos, los adúlteros, los incestuosos, los lujuriosos; o sea nos repudió a todos. Paradójicamen-



te, estoy de vuelta en una catedral de esperanza, siempre de rodillas, pero como virgen de una desconocida iglesia.

Para entender mi simple propuesta hay que reconocer una distinción entre lo sexual y lo erótico. Lo primero es lo carnal y atlético; lo erótico es el derroche de sentidos que fluye dentro. También hay que hacer algunas diferencias culturales significativas, y perdone usted algunas bárbaras generalizaciones. Como bien explicara Tomás Almaguer (1991) en su *Cartografía del comportamiento e identidad homosexual*, en Norteamérica se establecen los códigos sexuales de masculinidad y feminidad con rigurosa exactitud. No hay carnaval ni velorio, hay sólo una austeridad protestante que lo cubre todo con un manto pesado.

La '*sexual orientation*' se exige, tal como se exige la etnicidad, como quien llena un formulario. El deseo se resume a nuestra identificación, no se busca en nuestros actos. La sensibilidad gringa no perdona a quienes no se identifican claramente: '*I'm gay*', '*I'm hetero*', '*I'm a transexual*'. Aún así los hombres, homos/heteros, sobreactúan la ultra masculinidad, el *Malboro cowboy*, el clono de gimnasio que son como frutos de invernadero henchidos de sangre y músculos a la fuerza.

Almaguer nos dice que la diferencia de la sensibilidad latina es casi freudiana. Los latinos responden al deseo, no al objeto que identifican con el deseo y esto lo corrobora el escritor homosexual Pedro Lemebel con el almíbar venenoso de su sagrada prosa en *La Esquina es Mi Corazón* (1995) y el *Loco Afán*: Cró-

nicas de Sidario (1996). La sensibilidad latina con su ambiguo bagaje católico subraya el goce pagano, la realización del goce. La atmósfera hipócrita de la *political correctness* lo etiqueta todo: *lesbian woman of colour, hetero yuppie, person living with Aids, First Nations person*, etc.

En Latinoamérica imitamos (que no es lo mismo que parodiar) el discurso y el *style*, sin importar lo rudimentario de la traducción que nunca dirá lo mismo, sino que dirá lo que dicen ‘ellos’ los colonizadores del deseo, no lo que deseamos nosotros. Adoptamos las identidades de llegar-y-llevar, unisex, moda ordinaria de Miami que severamente limita nuestro entendimiento y proceder. Por ejemplo, el homosexual latino siempre a la vanguardia del estilo, sea por sobrecompensación o mecanismo de defensa, ha imitado estas identidades. Quizá por su condición de minoría subalterna, el marica tiende a alinearse con las dictaduras. Con el *mall*, el *fashion statement* y los modismos viene una letanía de siglas sexuales norteamericanas, *top/activo, bottom/pasivo, femme, butch, S&M, B&D, TT, FF*, que resumen en unas cuantas letras descarnadas escenas que hacen temblar los escapularios (y que piden el responso fatídico de la medicalización del Sida: VIH, KS, T-Cell, AZT, etc.).

Pero no debo ser totalmente lapidario con los rubios, ojiazulados anglosajones, o con los norteamericanos en general. Hay quienes lo gran despercudir el apergaminado romanticismo cristiano —ese de las baladas, los tangos, las rancheras, los velos vírgenes y los amores resque-

brajados— y exploran la diáspora del deseo. También hay quienes practican el sexo como un deporte vigoroso en una olimpiada sexual —hay de todo y para todos en el mercadeo del deseo—. Mi propuesta es detenerse a reflexionar en lo que ahora parece un viejo adagio de las campañas norteamericanas de *safe sex/sexo seguro* en los 80, ‘no importa con quien lo haces, sino *cómo* lo haces’ (y—hágase usted cargo— esto de la ‘seguridad’ en el deseo *no* existe).

Crecí en un tiempo de dictadura en que las ideas y las ‘extrañas’ alianzas florecían clandestinas y desafiantes. Un tiempo de solidaridad secreta, había un entendimiento brutal entre seres sexuales, y cada uno recibía lo suyo, —y más—. La ambivalencia y la discreción que describo nunca amordazaron a quienes entregaban o recibían, gozaban y sufrían. Los tiempos del cólera, la represión o la guerra, son los tiempos fértiles para el deseo. En las tierras del privilegio norteamericano no se necesita luchar, no se tiene que morir por la violencia del deseo, el sexo se compra al mayoreo en los estantes del supermercado. Y aquí sí me saco el sombrero ante los homosexuales promiscuos y guerreros que lucharon y luchan en contra de la epidemia para mantener viva una sexualidad innombrable. Desafortunadamente, muchos discriminan ahora en contra de los depositarios del contagio y se arrepienten de su propia sexualidad. El miedo y la cobardía son acérrimos enemigos del goce.

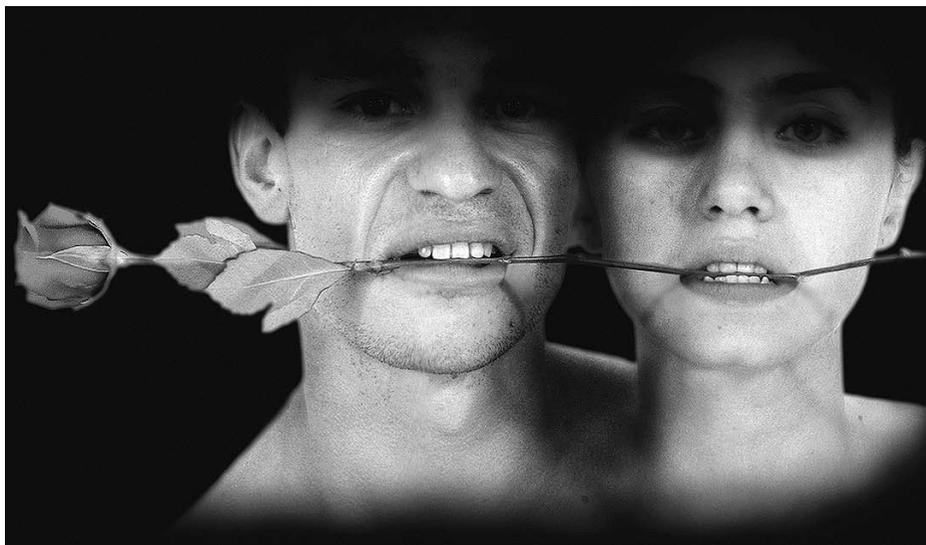
Tome usted la televisión americana como un ejemplo al azar, poblada de imágenes estereotipadas de lo que es ser mujer y ser hombre, cualquiera

sea la orientación sexual de los personajes. Abundan los roles ‘gay’ en las series norteamericanas y se comportan como buenos homosexuales, ‘asumidos’, aolíneos y sanos, enamorados de los suyos, dentro de su raza, de su gente, de su *lifestyle*, con amigos heterosexuales. Aparentemente, ya no hay mas ‘*closet*’; yo insisto que el *closet* se ha mudado a otro espacio aún más vasto. La televisión norteamericana —entre otros espacios supuestamente públicos y democráticos— se ha convertido en el sustituto ‘virtual’ del gueto maricón de antaño, el de las peluquerías de barrio, de los burdeles de puerto, de los shows travesty escondidos en la noche capitalina. Ahora tenemos mensajes claros —‘*straight*’, literalmente ‘derecho’— acerca de la sexualidad. Somos unos tontos graves que han dicho adiós al doble sentido, al sarcasmo, y a la parodia nacida de la represión que tenía que destaparse por algún lugar como un flato disimulado de gesto fino de señorita. Todo eso se fue con la globalización del deseo. ¡Adiós! Como lo predijera el crítico gay de arte Craig Owens, nuestra cruzada en contra de la discriminación por razones de cualquier diferencia nos ha dado el tiro por la culata y ha generado una atmósfera de in/diferencia en que todo es homogéneo y público.

¿Y qué significa esta incapacidad de pensar a escondidas, de no declararlo todo? Michel de Certeau nos dice que solíamos medirnos con la vara de nuestras acciones y sus méritos —una buena cogida— y ahora nos medimos por lo que decimos acerca de nosotros. ¿Y qué decimos acerca de nosotros mismos en este afán por

identificarnos? En su investigación social *"The Culture of Recovery"*, Elayne Rapping (1996) asegura que vivimos en una cultura en que nos definimos a través de historias de adicción y abstinencia. Somos una cultura discursiva de interminable contar. Nos definimos en la entrevista llorona del "Show de Cristina", en los formatos tabloides llenos de tragedia o risotadas torpes, siempre hay una enfermedad o una dependencia que declarar o la epifanía de haber dejado atrás a los hombres, las mujeres, el sexo, el alcohol, el goce, el sentido del humor. Lo innombrable cae en el abismo del medio, todo son polos opuestos, o no es permitido. *"Cogito ergo sum"* ha sido reemplazado por 'yo declaro, luego existo'.

Cuando olvidamos la prestidigitación de la parodia, el sarcasmo, el doble entendido, la sutileza y el misterio, abandonamos la imaginación y esto —permítame alegar— afecta directamente cualquier proyecto de democracia, de libre pensamiento. Declararlo todo y vivir sólo por historias de tragedias, víctimas y victimarios, buenos y malos, homos/heteros es democracia malentendida, es no dejar nada a la imaginación (no hablo de fantasía), es anular la memoria para que todo se convierta en declaración inmediata: "Soy maricón, demando libertad, tengo necesidades especiales. ¡Satisfágalas ahora!" Lo erótico de las primeras películas de Almodóvar, de la M. Butterfly, de la mujer/hombre de "The Crying Game" de Neil Jordan, de la señora gorda de Botero que parece hombre vestido de mujer, la fascinante ambigüedad



de Walter Mercado, el astrólogo de Univisión y The Miami Herald, y del travesty de barrio. La eroticidad se trafica en un doble entendimiento que no permite el acceso *literal* a la identidad, que nos obliga a mirar en esa dirección dos veces. ¿Qué es eso? Cuando se mira dos veces se reflexiona y se imagina. La imaginación toma tiempo y prudencia, los aliados de la memoria como dijera Frances Yates, y es la herramienta y la habilidad del estratega. El erotismo, la ambigüedad y la sutileza alimentan formas de comunicación que no son instantáneas como el correo electrónico, el gran asesino de la reflexión.

El pensador canadiense contemporáneo, John Ralston Saul, dice en su libro *The Unconscious Civilization* (1995) que la libertad de palabra sin utilidad es simplemente decorativa. Me atrevo a parafrasearlo para decir que el deseo obsceno atrapado en nuestros *clósets*, el deseo glorificado por la industria de la pornografía, los tabloides, y los medios *mainstream* son sólo *lip service*/ sólo venias a la libertad de expresión si uno no actúa sobre/bajo ellos. En esta era de literalidad yo apuesto por la diferencia, lo mediado, lo saboreado de a poco.

Es así como el adolescente puede tomar distancia y tiempo para decidir a quién ama, con quién dialoga. Es así como la mujer tiene acceso a la experiencia bisexual o el transexual deja que el bisturí rebane años de cósmico malentendido genital y emocional. Esto que describo no es identidad sexual de supermercado y a bajos precios —un macho recio vale más que dos locas desenfrenadas—. Esto es la alquimia lenta y sudada de la sexualidad y lo erótico, que nos entrega con sutileza, con incertidumbre y anticipación a una socialidad inmensa y arrobadora. Esto es asignarle a toda persona, muda o militante, dignidad, y herramientas y habilidades para tomar decisiones acerca de su protección de los virus y las bacterias. Más importante aún, es protegernos de esa violencia arcaica o inamovible de testosterona de guerra que lo quiere tumbar todo. Esta sexualidad y eroticidad están en permanente estado de cambio, cambia por lo que hacemos e imaginamos, no sólo por lo que decimos, y al cambiar nos sorprende, pero no nos aterroriza, nos seduce y nos inquieta, y no nos deja nunca ser iguales.

①

*Es tarea de las mujeres
transformar las relaciones
entre ellas y darse
la oportunidad de tener
como sus pares,
sus cómplices, a las otras
mujeres y no solamente
a los hombres.*

FEMINISMO: LLAMADO A LA TRANSFORMACIÓN

Olga Amparo Sánchez Gómez
Corporación Casa de la Mujer. Bogotá

El feminismo es teoría y práctica plural que engloba diversas percepciones, distintas elaboraciones intelectuales y diferentes propuestas de actuación derivadas en todos los casos de un mismo hecho: la subordinación y opresión de las mujeres en las sociedades patriarcales.

La teoría feminista puede considerarse, como ha señalado Valérie Bryson, una teoría explícitamente comprometida, sin renunciar por ello a la pretensión de objetividad “que quiere entender la sociedad con el objeto de desafiarla y cambiarla. Su objetivo no es el conocimiento abstracto, sino el conocimiento susceptible de ser utilizado como guía y para informar a la práctica política feminista”.

Interpela los fundamentos del poder patriarcal, sustentado en los servicios domésticos sexuales, reproductivos, económicos y emocionales

desinteresados y no remunerados de las mujeres. Analiza el carácter social y político de la explotación y subordinación de éstas frente a los hombres en las formaciones sociales patriarcales. Plantea la necesidad de buscar un orden simbólico nacido de las mediaciones femeninas y las relaciones entre ellas, independientes en lo posible del orden dominante.

El feminismo ha avanzado en la creación de nuevas categorías teóricas e instrumentos metodológicos en su intento de explicar cómo se han constituido, a lo largo de la historia y en las diversas culturas, las diferencias jerárquicas entre varones y mujeres, y cómo se reproducen y transforman.

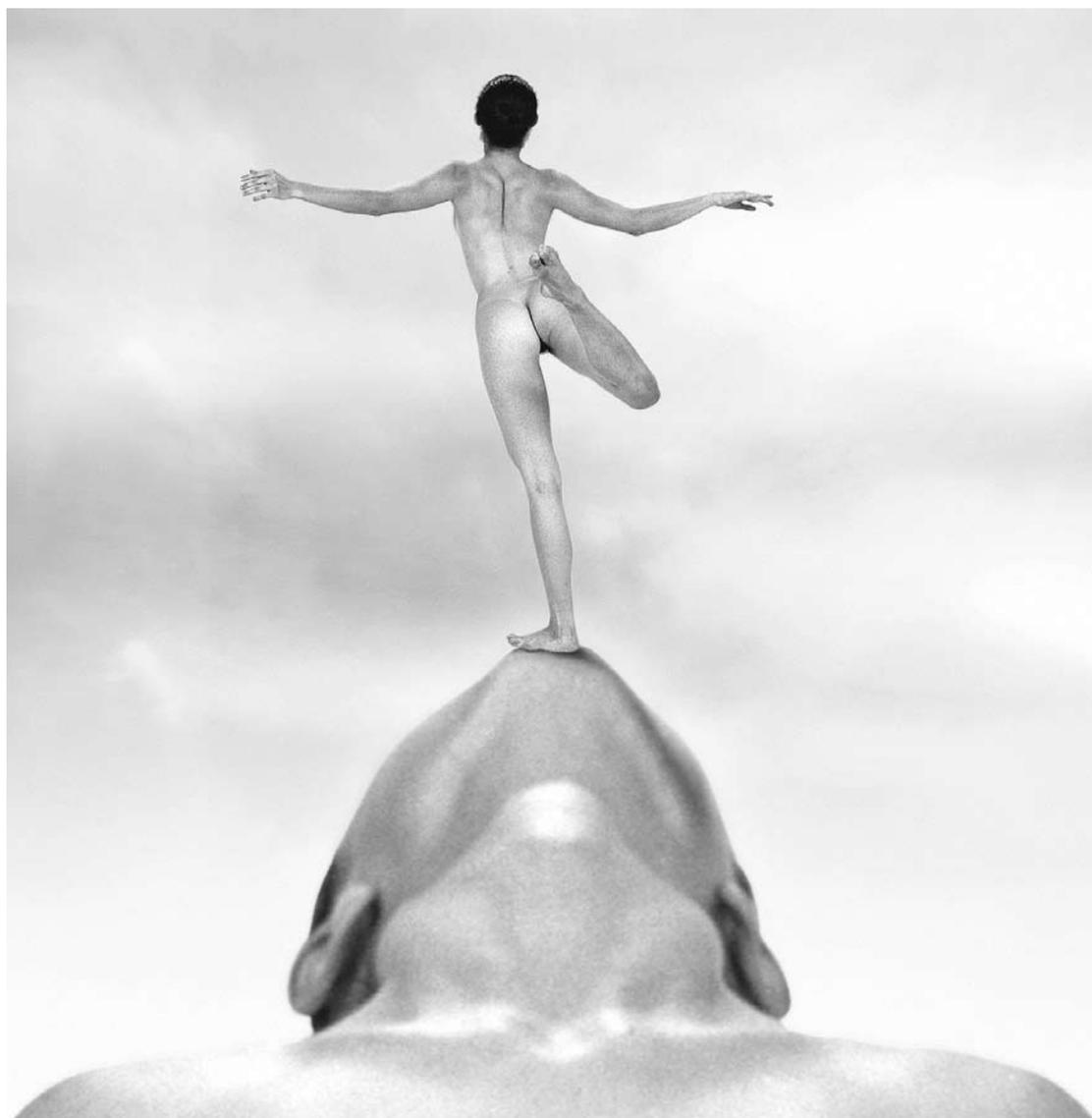
Ganando terreno

El discurso y la práctica feminista han irrumpido por circuitos antes impensados: vida cotidiana, organi-

zaciones políticas, estados, iglesias, familias y escuelas. Los grupos y las organizaciones de mujeres se han multiplicado y han crecido cualitativa y cuantitativamente. Se han roto las fronteras ideológicas de lo privado y lo público, arrebatando a la cultura patriarcal el derecho a la vida, a la autonomía, a la participación, al libre ejercicio de la sexualidad, a la palabra, a la diferencia, y se ha avanzado también en la toma de conciencia de las mujeres.

Tal como lo plantea Victoria Camps: “El siglo XXI será el siglo de las mujeres. Ya nadie detiene el movimiento que ha constituido la mayor revolución del siglo que ahora acaba”.

En el siglo que se inicia ¿cómo deberá ser el feminismo, en un país desgarrado por la guerra?, ¿podrán las mujeres quedarse en las mismas vindicaciones del siglo pasado?, ¿cuál es el nuevo discurso feminista que



introduzca más diversidad y cuáles los espacios en los que las prácticas políticas y sociales sean más subversoras?

Desde una perspectiva histórica, el feminismo enfrenta tensiones y retos para la producción de conocimiento y para su accionar político y social.

Reconocer esas situaciones permitirá una comprensión real de los procesos de participación política y social de las mujeres, de sus presencias y sus ausencias, de sus fragmentacio-

nes, de sus contradicciones, de sus posibilidades, de sus alianzas tanto internas como con otros sectores sociales y, por supuesto, de sus propuestas políticas.

1. La producción de conocimiento feminista y de prácticas políticas y sociales

Nunca como antes el feminismo en Colombia está abocado a la urgente e inaplazable tarea de producir pensamiento feminista y prácticas

políticas y sociales que le permitan analizar, interpretar y entender la cultura patriarcal en una sociedad en guerra, con la pretensión de cambiarla y desafiarla. Este conocimiento debe ser guía para la práctica política feminista.

Varios son los grupos y espacios organizativos que han asumido en los últimos años esta tarea, entre los cuales se pueden destacar los Centros de Estudio en las universidades del Valle, Nacional y de Antioquia, la *Ruta Pacífica de las Mujeres*, la *Corporación Casa de la Mujer*, la

Organización Femenina Popular, la Red Nacional de Mujeres, la Corporación Vamos Mujer y Mujeres que Crean, en Medellín, *Si Mujer*, en Cali, y *Mujer y Futuro*, en Bucaramanga.

Desde diferentes posturas teóricas y metodológicas se han realizado estudios e investigaciones que tratan de dar cuenta de la situación de opresión y subordinación de las mujeres, del impacto de la violencia y del conflicto armado en la vida de las mujeres; de su exclusión de los espacios de poder.

Aunque se registra un avance significativo en la documentación sobre la vida de las mujeres, existen vacíos significativos en cuanto a la interpretación de la sociedad colombiana, de la diversidad de la situación de las mujeres, del Estado como agente transformador, reproductor y productor de la cultura patriarcal.

Es necesario que el feminismo avance en la comprensión del Estado como uno de los pilares de la cultura patriarcal, un sitio de producción cultural discursiva, un lugar en el cual se reproducen y recrean las relaciones de subordinación y opresión entre varones y mujeres, y se resignifican, recodifican y reconfiguran. “El Estado sostiene y representa el poder masculino como forma de dominio y así produce a los sujetos femeninos, produce sujetos estatales burocratizados, dependientes, disciplinados y con marcas de género”¹.

No se deben idealizar las políticas es-

tatales. Sería más útil, para la causa de las mujeres, analizarlas como lo plantea Nancy Fraser, “como sistemas interpretativos institucionalizados que construyen a las mujeres y sus necesidades, según ciertas específicas — en principio, cuestionables o disputables — interpretaciones”.

Es decir, las políticas y programas estatales tienen efectos culturales claros en relación a cómo se representan y cómo se podrían solucionar los problemas y las necesidades de las mujeres, y cómo se construye la ciudadanía diferenciada.

Tener en cuenta estas dinámicas posibilita el análisis de las coyunturas políticas, lo que facilitaría el abrir canales de acceso a través de los cuales las feministas pueden, a veces, promover políticas favorables a las mujeres y construir una “veeduría discursiva” feminista, en relación con las interpretaciones y representaciones que agencia el Estado.

2. Lo público privado

El feminismo ha puesto en entredicho la construcción de lo público-privado, ocupando un lugar privilegiado en sus luchas y en la formulación de una teoría de la práctica social general, que incluiría a hombres y mujeres por igual, basada en la interrelación y no en la oposición de la vida individual y colectiva, o de la vida personal o la política.

Llama la atención que en las actuales agendas de las mujeres no se da

prioridad a la transformación de lo público-privado. En este terreno se exigen al Estado medidas o acciones positivas que posibiliten la igualdad de oportunidades para participar en los espacios de poder y de toma de decisiones, algo así como repartir equitativamente el poder “entre los géneros”, sin poner en cuestión los fundamentos de la cultura patriarcal, que produce y reproduce la subordinación y opresión de las mujeres.

Si las mujeres han de participar por igual en la vida social, los hombres han de compartir por igual la crianza y cuidado de las hijas y los hijos. Mientras a las mujeres se les continúe identificando con el “trabajo privado”, su estatus público siempre se verá debilitado.

Que hombres y mujeres compartan por igual la crianza y cuidado de la prole y que participen por igual en actividades sociales y políticas implica transformaciones fundamentales en lo público, en la organización de la producción, en lo que se entiende por trabajo y en la práctica de la ciudadanía. En este campo no aparecen propuestas de las mujeres que permitan vislumbrar un quiebre a la tradicional organización sexual del trabajo, de la política y la cultura.

3. La superación de la fragmentación

1. ÁLVAREZ, Sonia E. ¿En qué Estado está el feminismo? Reflexiones teóricas y perspectivas comparativas. Bogotá. 1998. Fotocopia.



Aunque en las últimas décadas las organizaciones y grupos de mujeres han crecido cuantitativa y cualitativamente, también es un hecho su fragmentación y polarización. Existen serias dificultades para negociar y concertar agendas que logren un mayor impacto social y político.

Se han hecho esfuerzos para superar esta dificultad, pero no se logra trascender lo regional o lo sectorial. En este sentido, la *Mesa Nacional de Concertación de Mujeres* y otros espacios de concertación son esfuerzos que requieren de una gran voluntad política, de generosidad y claridad en las reglas del juego, para que se pueda avanzar en la

superación de la fragmentación y la polarización.

4. El reconocimiento de la autoridad entre las mujeres

Las feministas tienen la responsabilidad de discutir y razonar sobre lo realizado. Debemos enfrentarlo sin buscar vías rápidas, pero, sobre todo, sin dejarnos frenar por el temor de reconocer las formas a través de las cuales reproducimos las relaciones patriarcales entre nosotras.

Debemos y tenemos que estar en los procesos de paz con voz pro-

pia. Pero es ineludible, si deseamos construir paz desde la *deconstrucción* del patriarcado, que transformemos las relaciones entre las mujeres y nos demos la oportunidad de tener como nuestros pares, nuestras cómplices, a las otras y no sólo a los otros. Es una propuesta reparadora de nuestra capacidad de ser, un fundamento para ganar autoridad social y civilidad en nuestras relaciones; es solicitar y brindar a la experiencia humana femenina el medio de significarse para que logre alcanzar su verdadera y gran existencia en el mundo.

●

Revelación de continuidades, esperanzas, ideales de cambio, búsquedas, tensiones y sobre todo una profunda incertidumbre, se hacen visibles a partir de la indagación por la figura social de la mujer, realizada en el marco de la investigación Mitologías Urbanas: La construcción social del miedo¹.

LA MUJER: ESPERANZA E INCERTIDUMBRE

Luz Amparo Sánchez M.

Equipo de investigación, Corporación Región.

En esta investigación se han aplicado diversos instrumentos metodológicos: entrevistas a profundidad con diversos grupos sociales, una reconstrucción de la atmósfera de la ciudad a partir de los medios de comunicación y una encuesta aplicada a 240 personas, de todos los estratos socioeconómicos de Medellín, donde se indaga por figuras sociales relevantes: mujer, maestro, líder social, sacerdote, joven, empresario, desplazado, empleado, juez, periodista, policía, indigente, prostituta, político, drogadicto, paramilitar, miliciano, narcotraficante, guerrilla, atracador, sicario.

La mujer aparece como la primera de un conjunto de figuras sociales que han sido percibidas como portadoras de confianza, posibilitadoras de continuidad social, en respuesta a las fracturas propias de la atmósfera social de guerra, conflictos y crisis

económica de la ciudad.

La mujer es calificada con valencia positiva por un 90.4% de los encuestados, seguida del maestro, 87.5%; el líder social, 74.6%; el sacerdote, 70.4%. Estas son percibidas en su conjunto como figuras densamente cargadas de significado, pues adicional a su rol tradicional, reciben atributos de guía, formador, amigo, consejero, neutral, comunitario, pacificador, conciliador; funciones que aluden a vinculación, restauración, proximidad, en una preferencia por la continuidad social.

La percepción de la figura social de la mujer está asociada en primer lugar a la esfera del hogar. Para un 47.5%, la mujer es ama de casa y madre, hogareña, esposa, juiciosa, educadora, orientadora y complemento. Estos atributos provienen

especialmente de los estratos 1 y 2, y exaltan la función reproductora, biológica y cultural de la mujer en el ámbito del hogar. Se presenta aquí la continuidad del "paradigma de una feminidad obligada y asignada desde un ordenamiento patriarcal, este que no connota sino esposidad, maternidad y domesticidad"².

En segundo lugar, la mujer ha sido asociada al papel de líder social por un 31% de los encuestados, rasgo proveniente principalmente de los estratos 3 a 6, que no la exime de las anteriores, incluso algunos hallazgos describen una imagen triplemen-

1. Investigación que desarrolla la Corporación Región en la ciudad de Medellín con la coordinación de la investigadora Rossana Reguillo del Iteso de la ciudad de Guadalajara.
2. Thomas Florence. Un reto para la democracia, un reto para la paz, feminizar el mundo. En: En otras palabras. No. 8. Bogotá. D.C. Ene.-jul. 2001 Pags. 32-47
3. Giddens, Anthony. Un mundo desbocado.



te cargada: "aporta vida , ternura e ideas". "La mujer como mamá educa, como profesional aporta no sólo económicamente, sino en su conocimiento".

¿A qué se alude la referencia mujer-líder social?

Las entrevistas a profundidad permiten leer dos acepciones importantes para la mujer-líder: "Para mí, la mujer, es la líder del hogar", afirmó un empresario, por ejemplo.

Con este hallazgo se está constatando que la percepción de la mujer como líder no siempre la coloca por fuera del ámbito del hogar.

"En el barrio de nosotros admiro mucho a la mujer porque inclusive el barrio se llama Ocho de Marzo como en honor a ellas, porque el ocho de

marzo es el día internacional de la mujer y las mujeres fueron las que jalonaron... ellas pelearon, motivaron a la gente, ellas fueron protagonistas de la historia del barrio... admiro a las mujeres que se meten a esa parte de la política y eso porque luchar contra todo el poder que hay ahora, que lo manejan los hombres, me parece muy tenaz", dijo una joven de estrato 2.

Se traslapa aquí el rol de madre y educadora con el de líder en el contexto comunitario. La mujer fundadora, la protagonista de la creación, de la transformación del caos en cosmos, haciendo muchas veces del lugar de riesgo una morada para habitar en la ciudad.

El liderazgo de la mujer en el hogar y en el trabajo comunitario está igualmente marcado por una acción de

entrega y de cuidado por los demás, pocas veces proporcional con su presencia en el lugar de las decisiones. En la actual situación de guerra, se refuerza la imagen de las mujeres que marchan por sus hijos, marchan por la paz, pero permanecen segregadas: "Todavía no estamos incorporadas equitativamente al ejercicio cotidiano del análisis y las soluciones de los problemas sociales", es el reclamo del movimiento social de mujeres, ausentes absolutas de las mesas de diálogo y de negociación.

En tercer lugar y para un 12.5% de los encuestados, la mujer es ser de valores, y como tal se afirma que es tierna, maravillosa, bondadosa, sensible, digna: "Después de Dios, la mujer"; "Un hombre sin una mujer es un huérfano"; "La mujer, fundamento para la sociedad, alivia al ser en su soledad". Otra vez, mujer que



protege y entrega afecto, definida en relación con el hombre y la sociedad, predominando la noción de complemento.

Por último, para un 5% de los encuestados, a la mujer es víctima, asociada a unos atributos opuestos a los de líder. Como líder se asoció a luchadora, estudiosa, trabajadora, emprendedora, política. Como víctima se le percibe sufrida, débil, dis-

criminada, maltratada, desempleada; apareciendo aquí un subtexto que alude a la mujer en correspondencia con dos determinantes: el biológico que la asimila a inferioridad y el otro, relacionado con una situación asimétrica de explotación, opresión y subordinación.

Las respuestas por la mujer no presentan un descriptor propiamente negativo; éste aparece en la percep-

ción de la figura social, de la prostituta, figura que también fue objeto de indagación en esta investigación. Es explicable la no aparición del atributo negativo para la mujer, por la visión dual de la sexualidad femenina; la mujer virtuosa por un lado y la mujer libertina por otro.

Es significativa la división marcada por un eje topológico, entre la tendencia que localiza a la mujer al interior del hogar y la tendencia que la localiza por fuera hacia los espacios sociales y públicos; ésta última estaría marcando un cambio en la percepción tradicional de la mujer, cambio que estaría pasando principalmente por las mujeres y los jóvenes, de quienes principalmente proviene la percepción de la mujer asociada al rol de líder; no obstante, también es significativa la percepción de su desempeño en ambos escenarios y con múltiples funciones: dadora de vida, de unidad en la morada, y en la vida social, dadora de pensamiento y afecto.

Emerge la mujer como una figura especialmente significativa, que en la particular situación de crisis, profundiza la imagen de mujer madre, de su función protectora y compensadora inclusive del vacío institucional, mientras que deja en suspenso sus propios proyectos de vida se y eterniza su ausencia en los escenarios de decisiones surgidos en este tiempo de confrontación armada.

Esta revelación, fruto de la encuesta realizada, se enriquece y complejiza con el instrumento de la entrevista, propiciatoria de un contexto conversacional, que favorece la expresión

de la incertidumbre, de hombres y mujeres, por los cambios que, como dice Giddens, llegan hasta el corazón mismo de nuestra vida emocional.

De todos los cambios que ocurren en el mundo, ninguno supera en importancia a los que tienen lugar en nuestra vida privada -en la sexualidad, las relaciones, el matrimonio, la familia-. Hay en marcha una revolución mundial acerca de cómo nos concebimos a nosotros mismos y como formamos lazos y relaciones con los demás. Es una revolución que avanza desigualmente en diferentes regiones y culturas y con muchas resistencias³.

No hay contradicción alguna, La

respuesta afanada por la coyuntura muestra a la mujer protectora como la esperanza en situaciones límites, y en el reposo de la conversación sale una fuerte inquietud por las "transformaciones que afectan a la esfera personal y emocional que van mucho más allá de la frontera de cualquier país. Encontramos pautas similares casi en cualquier lugar: varía sólo el grado y el contexto cultural en el que se desarrollan"⁴. Y nosotros no constituimos un mundo aparte.

En el transcurso de esta investigación es común encontrar, entre hombres y mujeres, y atravesando anclajes sociales y estratos socioeconómicos, expresiones de tipo:

Uno: La mujer sí... pero...

"Yo tengo una duda muy brava, no es con respecto a la mujer, es al matrimonio... A mí me preocupa mucho que los hijos están perdiendo a la mamá, pero hay también todo el derecho que tiene la mujer ha desarrollarse ¿o no?", dijo un arquitecto.

"La mujer ha jugado un papel fundamental, pero ha descuidado mucho los hijos. Es como una contradicción. Uno dice: tan bueno que le ha aportado mucho a la sociedad, pero el dejar hijos por su trabajo crea esos problemas de valores", según una estudiante universitaria.

Son expresiones de duda, a la vez que un reconocimiento crudo de saberse en un debate interno sin resolución, aunque se resuelve temporalmente en la conversación. En el primer caso se consideró que la especie ha indicado la necesaria presencia de la madre en el hogar. En el segundo caso, la joven llega a igual conclusión por valorar como indispensable la presencia de la madre durante la infancia.

En ambos casos también aparece la mujer como responsable de una pérdida. Se acepta el desempeño de otros roles, la presencia en otros escenarios, no obstante, a renglón seguido, aparece el pero y se le hace responsable de abandono, descuido, pérdida.

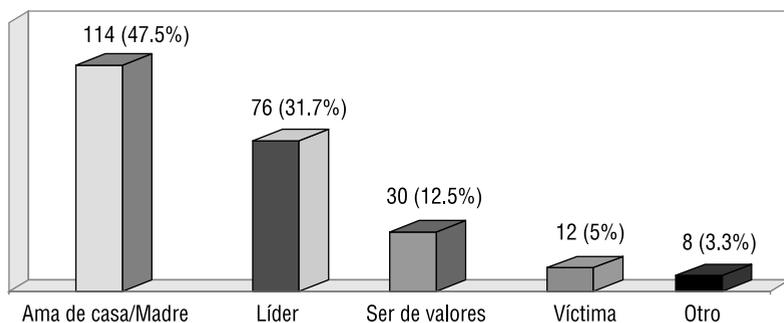
Una variante de la anterior respuesta es la certeza acerca de que la falta de

Los efectos de la globalización en nuestras vidas. Madrid. 1999. Pág. 65.

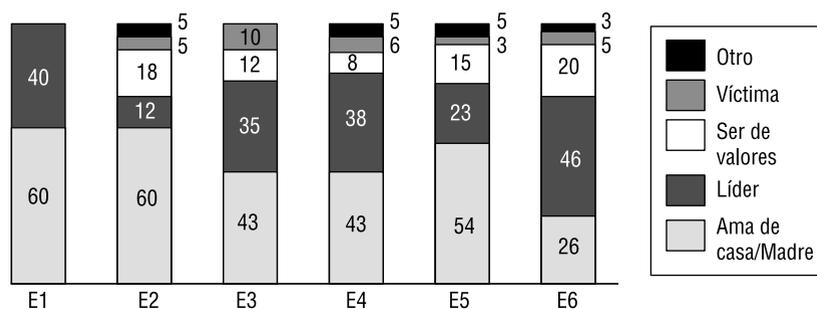
4. Ibid. Pág. 66.

5. Ibid. Pág. 67.

MUJER: DESCRIPCIÓN GENERAL



MUJER: DESCRIPCIÓN POR ESTRATO



la madre en el hogar y de su función como transmisora de valores es la causa del desestructuramiento social, de ahí que en últimas la mujer, con su ausencia, es la culpable de los problemas de la sociedad.

"Hay aspectos que son preocupantes, la mujer ha salido a trabajar, antes no era así, entonces... no quiere decir que estoy en contra de las mujeres que trabajan, no, pero eso ha colaborado a que se disgregue un poquito la familia". "Veo una debilitación de la familia, por la ausencia de principios y de valores; ha primado más la parte económica que el crecimiento interior... estamos viviendo una sociedad difícil, por el debilitamiento de la familia", afirma un empresario.

Estas voces hablan de una situación que ya es evidente en muchos países occidentales. "Hay quizá más nostalgia del refugio perdido de la familia que de ninguna otra institución que hunda sus raíces en el pasado. Políticos y activistas diagnostican continuamente la crisis de la vida familiar y piden un retorno a la tradición"⁵.

Dos: Imposibilidad para referirse a la mujer

También es recurrente en las respuestas, la imposibilidad de referirse a la mujer. La pregunta por la mujer lleva a una respuesta por la familia o por la patria. Es representativo de dicha situación el siguiente fragmento de la conversación con un empresario: "No tengo palabras para definir la

mujer... es lo máximo. Yo diría que la mujer es el filón de la familia. Para mí, yo no sé si estaré equivocado, si hay mujer, hay familia".

Tres: La mujer, garantía de continuidad

Se expresa un discurso que puede definir a la mujer y asociarla más con potencia que con pérdida, como dice un dirigente social: "La mujer es organización, constancia, crecimiento. Significa cohesión de la familia y contención de la desintegración social. Me parece que si esta sociedad no se desbarata es por la mujer. Esto se explica por su crecimiento en lo cultural, político y académico".

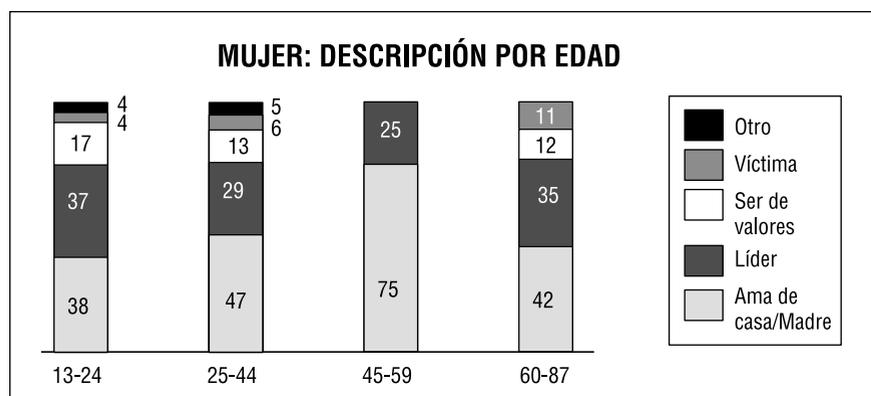
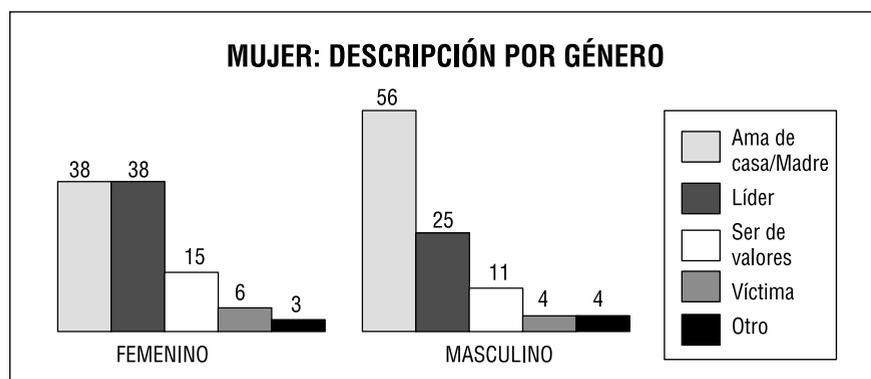
Cuatro: Las formas de discriminación positiva son negativas

Es frecuente la negación dirigida a las formas de discriminación positiva, hacia las mujeres y sectores excluidos o minoritarios de la sociedad. Al respecto, los siguientes hallazgos:

"Ya se vieron tantas ventajas al ser madres solteras, que hay programas que no las cubren sino a ellas, que todas dicen: ¡Ah, para qué vamos a tener a este cansón encima, aquí jodiendo! "Ellas quieren ser madres solteras, no quieren tener un hombre al lado y lo sacan a patadas", afirma un empresario, que además es profesional universitario.

"Es tan bonito que una persona se gane un puesto porque es capaz.../

6. Sánchez, Olga Amparo. La violencia patriarcal contra las mujeres. Una mirada retrospectiva.





Esa lucha de las feministas por ese tipo de cosas, a mí me deja muchas dudas.. Una cosa es que haya igualdad de derechos y otra es que se consagren como derechos de género o de raza, eso puede llegar al extremo de que los calvos deberían de tener puesto... Con respecto a la mujer, a mí me parece que todas las leyes que conduzcan a que se privilegie , digamos la etapa del embarazo, de la lactancia, de la relación con los hijos, a mí me parece que es lo que hay que garantizarse", según un empresario.

Esto tiene un correlato en las políticas públicas, en las cuales se hace énfasis en la unidad familiar y en la mujer como miembro de ésta y no como sujetos de derecho y ciudadanas que tienen participación política y social en las actividades

de la polis⁶.

La pregunta por la mujer se responde sobre un manto de incertidumbre, que para algunos sectores, sobre todo, conservadores, se convierte de inmediato en motivo de rechazo total, y para sectores del feminismo y de la sociedad, deseosos del cambio, en un proyecto por cumplir: "reconocerse a sí misma y tener límites porque sólo puede existir diálogo, y por consiguiente convivencia y receptividad del otro, a partir de una profunda certeza de sí". En todo caso se admite una diferencia atravesada por el eje temporal ayer y hoy, donde para unos el ayer equivale al paraíso al cual se debe retornar, y para otros, el ayer no fue lo mejor y el presente tampoco. Para otros, las mujeres, constituyen la potencia que alcanzará el cosmos a partir del

caos. Frente a la familia también se expresan los que consideran que esta institución está por inventarse como un espacio para la libertad y la cultura de la solidaridad; y los que creen que la familia, célula de la sociedad, debe ante todo difundir los valores y principios fundadores, a partir de lo cual se plantea programas de acción en clave de "recuperación". Se expresan también quienes, declarando su inconformidad con el presente, tampoco desean un retorno al pasado, experimentan la incertidumbre, la cual, a diferencia del riesgo, no puede calcularse. ●

tiva. En: En otras palabras. Grupo Mujer y sociedad, Programa de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia. Corporación Casa de la Mujer de Bogotá. No. 8 Ene-Jul. 2001. Pág. 93-103.

Las madres de carne y hueso no necesariamente son dulces, blandas, suaves, pasivas, consentidoras. Son también madres fuertes, capaces de cargar ladrillos y salir a la calle a protestar.

EL MALESTAR DE LOS PADRES Y CRISIS SOCIAL

Marie-Dominique de Suremain
Urbanista, Directora Enda Programa Medellín

En los discursos que se entrecruzan en Medellín sobre la crisis social y la violencia es usual escuchar la "pérdida de valores fundamentales" y la "descomposición familiar" asociados al desorden público y social. Las voces que llaman al retorno al "orden moral" exigen también a la familia —como la escuela— vuelva a ser un lugar de transmisión a la nueva generación del respeto a la autoridad y de las normas de convivencia.

Sin tantas nostalgias, los estudios sobre la juventud desde enfoques científicos o desde la literatura, han construido una imagen de jóvenes socializados por una madre desbordada o permisiva¹ y el desprecio hacia un padre ausente, borracho, mujeriego o agresivo. Nuevo mito urbano o una situación apremiante, nos podemos entonces preguntar: ¿Han cambiado tanto las relaciones familiares y de género en la cultura

popular?, ¿Las mujeres al mando de las familias no ejercerían ninguna autoridad y esto sería una de las causas de la crisis social?

En Medellín, en los barrios populares cubiertos por el Sisben², es decir en la mitad de la ciudad, un 41% de los hogares y núcleos familiares son encabezados por una mujer. Esto significa que cerca de la mitad de los niños y niñas de los sectores populares son criados sin presencia física y cotidiana del padre.

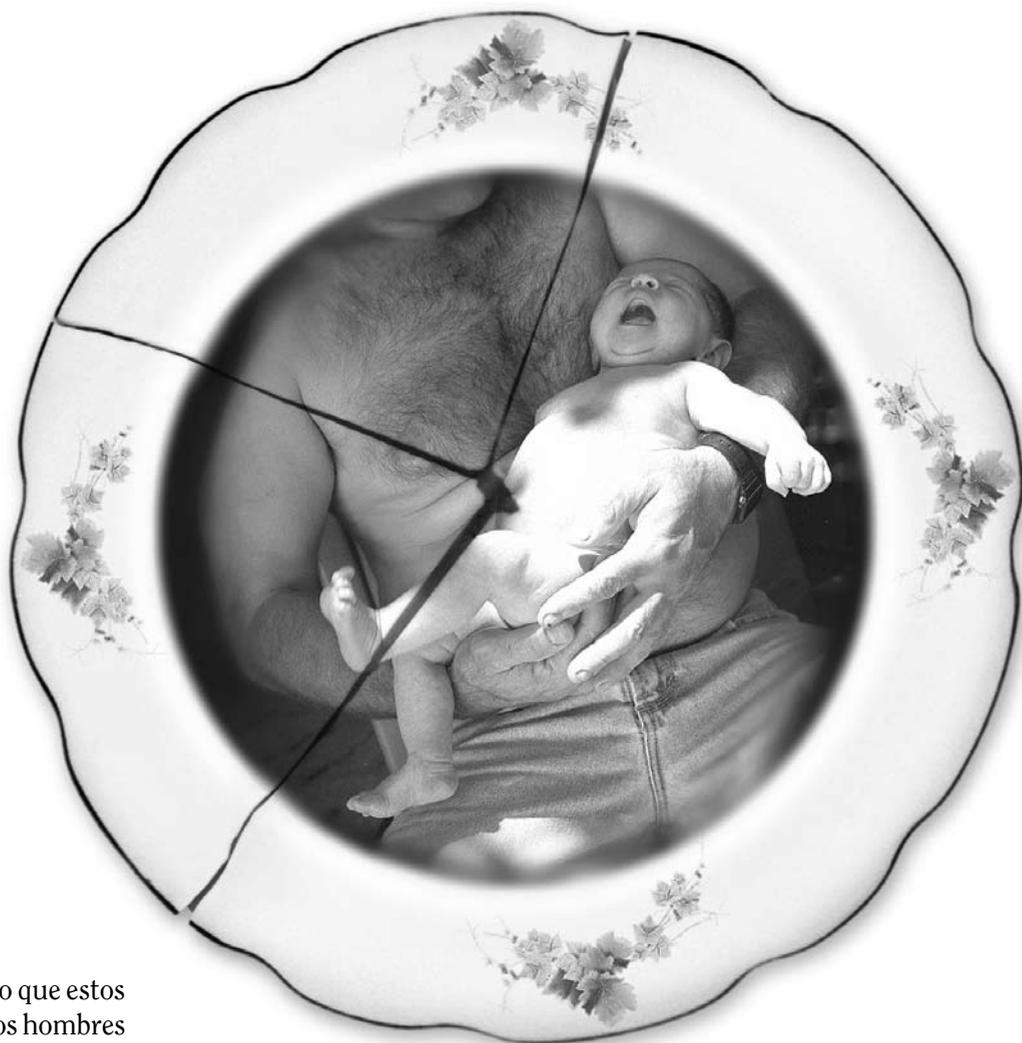
Esta situación objetivamente se asocia a una mayor pobreza³ pero tiene que ser analizada a la luz de los cambios de roles de hombres y mujeres que están ocurriendo.

Las madres de carne y hueso no necesariamente son dulces, blandas, suaves, pasivas, consentidoras. Son también madres fuertes, capaces de cargar ladrillos y salir a la calle a

protestar. Se ha demostrado el papel significativo jugado por las mujeres en las invasiones, en la construcción física de la ciudad popular, de la infraestructura barrial, en el mejoramiento de vivienda, en la creación de servicios sociales, en la promoción de nuevas organizaciones barriales. El problema central posiblemente no es éste.

Quizás podemos buscar explicaciones, no del lado de la supuesta permisividad, del trabajo remunerado o insuficiencia de presencia de las

1. Algunos dichos tales "como: madre, hay una sola, padre es cualquier h. p.", "Miijo gánese la vida honestamente, y si no puede honestamente, gánese la vida".
2. Sistema de Selección de Beneficiarios. Se trata de una encuesta social para cualificar la pobreza y definir el acceso a servicios de salud subsidiada y otros.
3. Las mujeres tienen un ingreso en promedio equivalente entre un 60 y 70% del de los hombres.
4. Se ha hablado de una suerte de decadencia



madres, sino del lado de lo que estos cambios significan para los hombres como varones y como padres.

La paternidad, mitos y realidades

Estas reflexiones nos deben conducir a diferenciar la "declinación del padre"⁴ de la "declinación del patriarcado"⁵, al abordar lo que podemos percibir como las reacciones de los hombres frente a la complejidad de los cambios familiares y de las nuevas demandas del proceso de cambio cultural en el espacio público y en el espacio privado. Este estudio permite articular dos dimensiones del cambio, el cambio generacional y de género.

En las *representaciones* tradicionales el padre, efectivamente es el

detentador de la norma y el representante de la ley, que podríamos llamar patriarcal. La madre es la que moldea en la vida cotidiana los hábitos de los niños, les pone límites y aplica los castigos, "en nombre del padre", el cual no es necesariamente el papá de carne y hueso. El padre real es generalmente ausente de estos acontecimientos diarios y concibe su papel como el de referente, como el recurso último en caso de falta grave o decisión importante. Las madres solas, por lo tanto, raras veces abandonan las prácticas de la crianza o el ejercicio de la autoridad cotidiana. Es más, las que trabajan generalmente encuentran algún tipo de relevo.

Nuevas demandas de género y generacionales

En una investigación llevada a cabo en Medellín⁶ con mujeres jefas de hogar, ellas citan diversas causas de su

de la autoridad suprema, desde el Dios todopoderoso de Moisés, pasando por el Rey absoluto y llegando hasta el derrumbe de la autoridad estatal en nuestro contexto.

5. A partir de la Revolución Francesa y de la instauración de la mayoría de edad, los derechos de los niños, jóvenes y de las mujeres, son poderes jurídicamente quitados al padre en tanto patriarca con derecho de vida y muerte sobre los demás miembros de la familia.
6. Investigación interdisciplinaria financiada por la Dirección Nacional de Equidad para las Mujeres en 1998 y realizada por Enda y la Corporación Vamos Mujer. "¿Quiénes son y cómo viven las mujeres jefas de hogar?"



como afectuosos en solamente un 3%. Sus demandas hacia el padre ideal son sobre todo afectivas, pidiendo cercanía y comprensión, aún si piensan, en un 50% de los casos, que su padre es "responsable". En general los jóvenes critican al padre que se conforma con entregar un ingreso y no se interesa en la vida cotidiana o escolar de sus hijos e hijas. No fundamentan su reconocimiento en los aspectos económicos sino en la capacidad de diálogo y señalan grandes carencias en este campo.

so-
ledad: el abandono del esposo o su propio rechazo de la violencia conyugal, la "irresponsabilidad" del esposo cuando reducía sus aportes al ver que ella trabajaba, o la oposición completa a que ella trabajara.

La gran mayoría señala que los padres después de la separación no sostienen relaciones afectivas ni económicas con sus hijos. La mitad de las entrevistadas declaraba que su situación personal y económica había mejorado al estar solas, ya que pudieron ahorrar y programar los gastos sin conflictos.

El hecho de señalar este problema no implica por sí solo "hablar mal del padre" o contribuir a su desauto-

rización.

Muy pocas mujeres descalifican totalmente a "los padres", en general, pero no están dispuestas a aceptarlos sin condiciones y se quejan de la falta de relación de ellos con los hijos y las hijas después de la separación. Plantean nuevas demandas claramente orientadas hacia el desarrollo de capacidades de diálogo y formas de compartir entre padres varones e hijos o hijas y dentro de la pareja.

Podemos retomar también el discurso de unos jóvenes interrogados sobre la imagen de su padre⁷. Ellos dan cuenta de opiniones contrastadas. Unos los perciben como violentos, autoritarios o exigentes de "respeto", en la mitad de los casos, como padres "democráticos" en un 40%, y

En comparación la imagen de la madre es hipervalorada. No solamente por proveer los cuidados domésticos tradicionales sino porque es la figura de autoridad más cercana y porque es la persona que *responde a las preguntas*. Esta situación se encuentra no solamente en los hogares monoparentales sino cuando la familia es biparental. Cuando no están en diálogo con la madre, no es el padre el que retoma importancia, sino el grupo de pares, los amigos.

Por MD de Suremain, María Paulina Mejía, Javier Jaramillo y Gerardo Molina.

7. Ver encuesta a 63 jóvenes, en 1992: La imagen paterna entre los jóvenes del barrio La Iguaná adscritos a la Corporación Presencia Colombo-Suiza. Informe de práctica de la estudiante María Eugenia Cuartas.
8. Han sido vistas así por Virginia Gutiérrez.

Su influencia, bastante normal en la adolescencia, se amplía a medida que se hace más notorio el vacío comunicacional con los adultos.

Esto parece indicar que mientras se observa una rápida evolución de los roles femeninos y maternos, no se está constituyendo en paralelo una generación de "nuevos padres" con nuevas prácticas, sino unas nuevas *representaciones*. Estas parecen más presentes en "los demás" (las mujeres y los jóvenes) que en los sujetos mismos, en los padres. Se convierten entonces en nuevas *expectativas*. En cambio las nuevas prácticas de los padres parecen ser a menudo una huida o una resistencia al cambio, en algunos casos parecen quizás obedecer a una exclusión o una sanción.

Conviene entonces hacerse dos tipos de preguntas:

1. ¿Por qué los hombres parecen preferir dejar sus responsabilidades familiares, renunciando a ciertos poderes y sobre todo a lazos familiares y afectivos con la nueva generación? ¿Son excluidos por las mujeres porque éstas amplían su identidad y su autonomía al tiempo que mantienen relaciones privilegiadas o tradicionales con los hijos e hijas? ¿Se trata de una autoexclusión, como forma de revancha o de resistencia? ¿O sería la expresión de una crisis más profunda de la masculinidad y de la virilidad?

2. ¿Debemos considerar la crisis o la ausencia paterna como una de

las causas de la desorientación de los jóvenes, en particular los varones, y por lo tanto como un factor de crecimiento de la delincuencia y de la violencia urbana? ¿Esta crisis puede ser interpretada como un retroceso del patriarcado favorable para las mujeres o al contrario un factor de nuevas discriminaciones y agresiones en contra suya?

El padre y el abuelo

En el imaginario colectivo *paisa*, los padres de ayer eran autoritarios pero a la vez "responsables". Orgullosos de su numerosa prole, trabajadores y de buen vivir, dejaban los cuidados y castigos rutinarios a sus madres. Ellas eran descritas como mujeres fuertes, casi "matriarcales"⁸, que no dudaban en acudir a la chancla, el cable de la luz, las palmadas o los pellizcos para obtener la obediencia de los hijos. Los padres solamente intervenían como última instancia, con supuesta autoridad y justicia. Se esforzaban en traer a la casa lo "necesario", la obligación, es decir una alimentación básica pero abundante, representada en el bulto de papa o de yuca. Tenían que garantizar que "no faltara nada". Iban a mericar, ya que controlaban la plata y eso les daba la oportunidad de lucir ante sus amigos los bultos llenos que llevaban a casa. Dejaban a las mujeres la educación de las hijas, sin dejar de vigilar su virginidad, y se relacionaban sobre todo con los varones, para iniciarlos en el trabajo, los negocios, los placeres de la sexualidad y del licor.

Promulgaban a veces valores contradictorios, gracias a influencias

culturales diversas, dando importancia a la religión, pero también al dinero, al comercio, al individualismo y la independencia. Los mitos del arriero, viajero solitario y libre, o del culebrero, muestran como el imaginario popular puede idealizar valores como la astucia, el engaño, al tiempo que la honestidad o el trabajo bien hecho. Forma de pragmatismo o de doble moral, el mito antioqueño es el estereotipo de un sentimiento de superioridad regional y masculina. Pero contiene su propia contradicción. Esta aparece en los testimonios de los padres actuales de carne y hueso, los cuales, sin darse siempre cuenta, muestran el desfase importante que existe entre esta representación y sus vivencias desde su infancia.

Los padres de sectores populares entrevistados, se encontraron cosas interesantes⁹, fueron todos criados en el campo, por padres autoritarios y a veces violentos, y aunque llevan en sí mismos un rencor por los malos tratos recibidos en su infancia, mencionan, el hecho sin parecer darle importancia. Un tercio de ellos son huérfanos, pero no quieren contar detalles sobre el terror vivido durante La Violencia. Sin embargo, no se puede decir que reproduzcan mecánicamente las situaciones vividas.

Pero un fuerte poder maternal doméstico o una familia matrilocal o matrilineal, no constituyen un matriarcado. Para ser tal, debería incluir el poder político, económico y espiritual.

9. Investigación cualitativa sobre feminización de la pobreza y retroceso de la paternidad: ¿Dónde están los padres? Por MD Suremain y Óscar Fernando Acevedo, Enda, Medellín, 1999. Se entrevistaron a unos 40 padres obreros y trabajadores informales, individualmente y en grupos focales.

Algunos padres, ahora responsables, han sido niños trabajadores criados por madres solas. Quienes critican más severamente los malos tratos recibidos, tratan hoy de no reproducir este comportamiento con sus propios hijos o hijas.

No se podría afirmar que la pobreza conocida en la infancia o la ausencia o distancia del padre se repitan necesariamente. Las prácticas de los padres dependen más de la manera como asumieron la relación con la generación anterior. Quienes son hoy separados, se reparten por mitades entre quienes han tenido en la infancia una familia de origen estable o separada. Lo mismo sucede con los padres hoy unidos.

En cuanto a su discurso sobre el modelo recibido, este depende esencialmente del nivel de integración a la cultura urbana. Quienes son más marcados por la cultura campesina, después de mencionar los malos tratos de la infancia, terminan disculpando a su propio padre: *"me pegaba y era tomatrigo, pero finalmente era un buen padre, pobre, la vida era dura"*. Esto es más marcado cuando el padre ha fallecido. El muerto se vuelve sagrado, se le perdona todo.

El abuelo también es un padre rehabilitado. Más tolerante con sus nietos, su papel es de consentidor, ya que está el padre (su hijo) para castigar. Con la edad, los padres se vuelven más afectuosos, cuando ya no es necesario reafirmar con su fuerza física su virilidad o cuando ya no lo pueden.

El malestar de los padres

Los padres no son socializados en la

infancia para su futura paternidad. A diferencia de las hijas que eran (¿son?) educadas más para ser madres que para ser mujeres independientes, los varones son socializados para ser individuos libres y para gozar la vida. Salvo aquellos que han sido criados por una madre sola, han sido poco llamados a asumir tareas domésticas. No han sido entrenados a preocuparse por las necesidades de las personas de su entorno, por lo tanto no han sido realmente educados para ser responsables.

El acontecimiento que transforma su vida no es tanto el matrimonio como la paternidad. Salvo para una minoría de ellos, que establece una relación directa entre matrimonio e hijos, esta nueva condición constituye una sorpresa. De un día para otro su vida cambia y tienen pocas oportunidades de socialización de sentimientos bastante contradictorios, sobre todo cuando la relación afectiva con la madre sufre tensiones. Sus incertidumbres, sus dudas sobre su propia capacidad para asumirla o su no-deseo de hijo son poco escuchados. De entrada se hace énfasis en la obligación económica. Los amigos son irónicos, hacen chistes que resaltan la pérdida de un par, la pérdida de espacios de placer e intercambios, ya que tiene que asumir su obligación: *"ya le echaron el tatequieto, lo pusieron a marchar"*; esto marca el fin de la libertad, de la independencia y del placer. En cuanto a la relación con la novia o la esposa, se transforma en una relación con la "madre" de los hijos.

El rasgo socialmente dominante de la paternidad sigue siendo la obligación económica, más que la transmisión del apellido, la prueba de virilidad, la confirmación de una relación amorosa o el gusto de descubrir un nuevo ser. Solamente unos años después algunos señalarán unas satisfacciones: haber continuado el linaje (sobre todo en contextos en los cuales el riesgo es alto); haber accedido al universo adulto al abandonar la vida fácil de soltero, mujeriego y bebedor; sentir su vida más llena, hablar de hombre a hombre con su propio padre.

Siendo lo económico lo central todavía, sigue siendo la fuente del poder masculino en la familia. La actitud de los padres puede variar entre hombres de diferentes características. Los obreros están más dispuestos a compartir el estatus de proveedor. En cambio los hombres que trabajan en el sector informal no saben exactamente cuánto ganan y consideran que las mujeres no saben administrar el ingreso, que solamente piensan en gastos superfluos. Se resisten a sus demandas de mejoramiento de la vivienda o al consumo juvenil, cuando se trata de algo diferente al consumo básico. No planifican sus ingresos y algunos a pesar de sufrir largos periodos de desempleo o siendo discapacitados, se aferran a estas ideas a pesar de vivir todo lo contrario. Se sienten amenazados por los nuevos roles de las mujeres y esconden su malestar con reacciones agresivas.

Muchos de ellos sienten dificultades para comunicarse con sus hijos. Invitados a señalar los gustos, cualidades o problemas cotidianos de sus hijos, tienen que confesar su ignorancia. La madre es quien les informa, y es poca la información que ellos obtienen a través del diálogo directo. Convencidos de que educar es dar de comer y ser modelo, ya que en el campo los hijos seguían al padre en silencio, sienten que la ciudad ya no les permite aplicar estos principios, pero no encuentran la manera de expresarlo y ahogan en el licor las preguntas que no pueden contestar. *"Cada niño nace con un pan debajo del brazo, Dios proveerá, a las mujeres y a los niños siempre les ayudan"*, son los dichos a los que acuden, pero que se volvieron inoperantes en el contexto urbano.

¿Cómo cambian los padres? Una fase incierta de transición

Cuando decimos que los padres cambian menos que las madres es que, en medio de la transición cultural en curso, existe una gran heterogeneidad y por lo tanto grandes confusiones. Se vuelve cada día más difícil generalizar las afirmacio-

nes.

Si el modelo viejo tenía su coherencia, el cambio toma caminos complejos. Los discursos modernos y pos-modernos sobre la crianza inspirados por la psicología, el psicoanálisis y la pedagogía empiezan muy lentamente a difundirse en los sectores populares. Las mujeres se lo apropian más que los hombres porque el cambio representa más ganancias que pérdidas. Los hombres se resisten porque perciben el cambio como pérdida de estatus y poder. En unos individuos, unos factores cambian y otros no; por ejemplo la autoridad sí, pero las relaciones de género no. Existen fuertes contradicciones entre discurso y práctica y entre hombres y mujeres. Un hecho sin embargo

parece ser común: el retroceso de los castigos físicos como principal método educativo y correctivo. Aunque no hayan desaparecido, por supuesto, es bastante visible que los adultos de hoy han renunciado a la mayoría de castigos que recibieron durante la infancia. Este hecho entonces señala una evolución inversa a lo que sucede a nivel social y público.

Unas de las mayores dificultades consiste en reconocer al hijo y la hija como sujetos con proyectos propios y en mantener la relación durante el conflicto, en trabajar el conflicto. Se oscila entre el autoritarismo y el "laissez-faire", como





si fuera muy complicado elaborar alternativas entre estos extremos. En caso de conflicto con los adolescentes, o de peligro de delincuencia, droga, embarazos, los padres se sienten desbordados. Se encuentran pocos casos de una lucha paso a paso para reconstruir un proyecto de vida con un joven o una muchacha. Parecería que los adultos se sienten desarmados si no pueden acudir a recursos autoritarios clásicos. "Se me salió de las manos" expresa una impotencia a mantener un vínculo, o para sostenerse en el conflicto sin romper la relación.

Esto les generan múltiples tensiones a medida que la brecha crece entre

su experiencia concreta y la interpretación que encuentran. Tales tensiones se traducen con la sensación de no estar a la altura, en particular cuando están desempleados, cuando las mujeres los presionan para obtener cambios de actitud, al tiempo que ellas mantienen exigencias económicas. Otra situación angustiada se da cuando sus hijos les reprochan no comprenderlos, no adaptarse a la vida moderna, no satisfacer sus deseos de consumo.

La situación se agudiza en caso de separación, no por el hecho en sí, sino porque los padres populares han construido pocos lazos cotidianos (y las madres quizás son posesivas, aunque esto merece una discusión

que se sale de esta ponencia), y por el cambio parcial de las representaciones sobre relaciones de género, se construye una suerte de consenso que hace que la ruptura de la pareja conlleve un alejamiento entre el padre y los hijos. Y a menudo el padre se niega a aportar un dinero que percibe como un recurso para la madre (que le da mayor libertad a la madre) y no un aporte para sus hijos. Al no tener cercanía afectiva, ni aportar nada económicamente, este contribuye a descalificarse él mismo ante la sociedad, pero sobre todo ante los ojos de sus propios hijos.

Algunos "nuevos padres" atípicos sí conocen la vida cotidiana de sus hijos e hijas, les hablan, les escuchan, reconocen la autoridad de la madre y comparten ingresos y tareas domésticas. Pero son escasos. Se encuentran también cada día más "amos de casa", pocas veces conformes con su situación, más a menudo avergonzados y violentos por la frustración de no poder aportar, o despreciados por sus hijos por no estar a la altura de su papel.

Las separaciones o los cambios de formas familiares no deben nece-

sariamente interpretarse como una pérdida de valores o de bases de la sociedad, sobre todo cuando se trata de suprimir formas de violencia o conflictos permanentes. No necesariamente se asocian a la delincuencia o a la violencia barrial.

De hecho las tasas de divorcio pueden ser más altas en países con índices de violencia mucho más bajos. Más grave que la separación conyugal, es la separación parental. El hecho que el vínculo padre (varón)-hijos e hijas no se sostenga.

Pobreza y violencia social

Podemos entonces formular la hipótesis que sería la permanencia de rasgos autoritarios en la sociedad colombiana, en general y en particular en la cultura *paisa*, uno de los factores explicativos de conflictos conyugal o intra-familiar en sectores populares urbanos, y no la pérdida de autoridad de los padres. Los hombres se sustraen de sus responsabilidades económicas y afectivas, en parte, porque no han sido educados para ello y en parte como represalia, consciente o inconsciente, en contra de las mujeres, más que por desinterés hacia los hijos. El crecimiento del porcentaje de mujeres jefes de hogar tendría esta doble causa: la resistencia masculina a la democratización y modernización de las relaciones de género, y la reacción de las mujeres en contra de ciertas formas de violencia que ejercen los

hombres cuando no quieren adaptarse al cambio de roles, a la vez que el mantenimiento de la idea de que los hijos pertenecen a las madres.

Del lado de los hijos e hijas, el sufrimiento vivido y no elaborado, la humillación sin explicación, puede ser uno de los factores que empuja a los jóvenes a enrolarse en diferentes tipos de grupos armados y a buscar en la fascinación de la muerte y del poder armado, una solución provisional a su malestar. Las chicas parecen más afectadas en su autoimagen y autovaloración como mujeres, y buscan refugio en el amor y en la maternidad. Los varones se dan pocas oportunidades de expresión de su malestar. La ausencia del padre, pero sobre todo sus silencios y la permanencia de una cultura machista y autoritaria, orienta este malestar hacia vías que permiten no sentir, no sufrir, cobrar al que se atravesase el dolor propio. El principal refugio de las mujeres ante las dificultades de la vida, las separaciones, la soledad, los duelos, sigue siendo la familia. Para los varones, este papel lo tienen más los pares, el licor, el juego, la sexualidad, el poder de las armas.

La pobreza no lo justifica todo. Medellín no es una ciudad pobre, tiene una infraestructura ejemplar, unos medios de transporte y comunicación superiores al promedio nacional, unas empresas modelo a nivel nacional. Es más el retroceso ante la realidad y la imagen pasada (un salto en 10 años de un desempleo del 7 al 22% no puede pasar desapercibido), al tiempo que el pragmatismo oficial

en contraste con los principios afirmados, y el encuentro con ofertas criminales organizadas y pugnas de poderes muy complejas, lo que podría dar cuenta de la situación particular de Medellín. El problema es que en este campo, el aprendizaje es más fácil que el desaprendizaje. El engranaje funciona en un sentido, pero mucho más difícilmente en el otro.

Hace unos 15, años y en otro contexto, el sociólogo François Dubet (1987) hacía un análisis de la "olla" y la "rabia" entre grupos juveniles excluidos de un sistema cada día más competitivo. Señalaba la graduación de respuestas a la exclusión: el repliegue en la inactividad, las modas adolescentes (música, ropa), la violencia gratuita, lúdica o deportiva, y el rebusque o pequeños "cruces", no negocios. Pero decía, cuando la exclusión es más estructural, la rabia llega hasta la violencia organizada y la delincuencia profesional. Acceder al dinero y al poder como sea, ya que siguen siendo símbolos de virilidad, es parte de los valores que podríamos considerar tradicionales, en el sentido de tradicionalmente machistas. Es el encuentro con propuestas de control territorial y de negocios mayores, lo que le da aquí nuevas dimensiones.

Que un joven se enrola en un grupo armado o en su opositor, o que caiga como víctima, es a menudo fruto de casualidades, de encuentros, de desplazamientos, de redes familiares, de acontecimientos de la vida barrial. Tiene una relación excesivamente lejana con la configuración familiar. Indiscutiblemente si estos jóvenes han sufrido amenazas, agresiones,



la virilidad, que son el soporte del prestigio de las armas y de la fascinación de la muerte. Y restablecer la palabra como mediadora del conflicto.

Los hombres que reflexionan sobre los cambios de la masculinidad y de la paternidad tienen posiblemente una clave en estos temas: dicen que si los hombres dedicaran más tiempo a observar cómo los niños aprenden a caminar, quizás le dedicarían menos tiempo a hacer la guerra. Socialmente los nuevos padres tendrán dificultades para surgir. Los padres separados serán cada día más numerosos hasta que la pérdida de este vínculo con la vida, la ternura, el futuro y la esperanza les sea realmente insoportable. Entonces quizás reclamarán como derecho la posibilidad de compartir con sus hijos e hijas y re-descubrir el sentido de la vida. Tal vez no sea hoy, ni mañana, pero quizás pasado mañana.

humillaciones, extorsiones, si sus conflictos cotidianos quedan in-nombrados, reprimidos, si se vuelven tabúes, si son estigmatizados como una plaga o el cáncer de la sociedad, llevaran adentro un rencor que alimenta la "rabia" descrita por Dubet.

Pero no se puede confundir la situación inicial, el conflicto latente, con la oferta que le da salida. A mediados de los años 80, unas entrevistas a los primeros sicarios y paramilitares mostraban cómo se requería un entrenamiento militar intenso para banalizar la sangre y la muerte. Al principio se enfermaban, vomitaban, soñaban con los muertos. Y poco a poco, se acostumbraban y se volvían

ca-
p a -
ces de cual-
quier atrocidad. Pero su estructura interna, formada por la familia, había sido destruida.

Las mujeres jefas de hogar son también viudas, madres amputadas de sus hijos y a veces de sus hijas, asesinadas por su novios celosos y armados. ¿Cómo podemos decir que estos murieron porque no recibieron suficientes palmadas en su infancia o porque la madre se separó de un padre borracho? ¿Y desde cuándo las mujeres han podido impedir que los hombres, sus hijos o maridos, se vayan a la guerra? (solamente en los mitos o... en las esperanzas).

Quizás lo que más debemos remover es el culto al autoritarismo y a

GESTUALIDAD FEMENINA

Entre la vida tradicional y moderna

Angela Garcés Montoya
Historiadora – Mg. Estética



Los patrones de sociabilidad y las imágenes de hombres y mujeres se transforman con el espacio.

Ellos y ellas aparecen distintos según el medio y el tiempo que habiten.

Cambios de imágenes: La identidad en entredicho

En el paisaje semirural de Medellín en 1900, predomina la figura del campesino, tipos de hombres y mujeres que viven en relación directa con la tierra. Su sueño de vida se relaciona claramente con un espa-



cio natural donde resalta el verde del campo, el plantío, la huerta y los animales domésticos. La belleza de la mujer campesina tiene el toque de lo *natural*, es una belleza moldeada por la delicadeza, la discreción, la suavidad, la pureza... Se trata de la mujer "de largos y ondulados cabellos, pobladas y densas cejas, suave y discreta mirada y su andar mesurado; su cuerpo tiene la esbeltez natural que la moda no ha violentado; encanta por su ingenuidad"¹.

Los espacios de vida de la pareja campesina son aquellos donde predomina la relación con el campo. Se trata de una vida poblada de naturaleza, donde las metáforas evocan el *rincón*, la *casita sola*, el *campo solariego*². Lugares donde se vive bajo el ritmo de la lentitud, el letargo e incluso la quietud, y predomina "el silencio y el descanso, como la quietud de un cementerio campesino" donde hallarán "una paz monótona y tranquila", medida por "el letargo

campesino"³. El ritmo de vida campesina se rige por la luz del sol que marca el amanecer, atardecer, anochecer, verbos vitales, cargados de sentido en la vida campesina. En la pintura de Rafael Sáenz encontramos múltiples motivos que capturan esos acontecimientos verbales.

Al cambiar el ritmo de vida, también se transforman los criterios de belleza femenina y masculina. El nuevo espacio moldea otra figura de mujer y de hombre. Se trata de nuevas imágenes que se contraponen a las figuras campesinas. Mientras en el campo se evoca la naturaleza, en la ciudad los cuerpos urbanos adquieren un matiz de artificialidad.

La ciudad de Medellín ha iniciado su proceso de modernización, se trata de significativas transformaciones urbanas que afectan principalmente su trazado, dando lugar a un "paisaje moderno". Con este paisaje una nueva axiología toma cuerpo, confi-

gurada por los valores capitalistas de progreso, productividad, eficiencia, individualidad y competencia. Así lo evidencia Tomás Carrasquilla en su cuento "De Dimitas Arias", en 1921:

El progreso sólo espera el momento preciso para echarle el zarpazo a los pueblos; es el 'non plus ultra'. Consiguió en veinte años lo que en muchísimos no se logró. El asalto fue así: una vía comercial que rompió el aislamiento de esa comarca; creación de escuelas oficiales, minas y fincas que dando valor a las tierras y ocupación a los brazos atrajeron

1. La novia que cambió de alma. Alibey Mustafá. En: Rev. Lecturas. No. 49. Medellín, Abril 5, 1930. Pág. 23.
2. "[...] Ella una campesina yo un labriego / tener un rincón de la hononada / una casita sola y perfumada / por las brisas del campo solariego." En: TORO, Julio. Paz Espiritual. Rev. Colombia. Tomo II, No. 107. Medellín, Jun. 19-1918. Pág. 70.
3. BERNAL DUQUE, Augusto. Motivos Rurales. En: Rev. Colombia, Medellín. Año IV, No 153, jun. 46/1919. Pág. 30.

no pocos migrantes⁴.

La ciudad de Medellín comienza a separarse de los valores que ordenan la vida comunitaria del pueblo. A partir de 1910 vemos difundirse los manuales de urbanidad, que buscan educar el “cuerpo montañero” y habituarlo a una “vida civilizada”. Los manuales ordenan el comportamiento corporal en la vida doméstica y familiar y especialmente en la vida urbana, es decir, la vida pública que se desarrolla en la calle. Manuel Antonio Carreño, quien escribe el Manual de Urbanidad más difundido en la ciudad, será citado insistentemente en la escuela, la familia, la fábrica. Con respecto al comportamiento en la calle, estipula:

Nuestro paso no debe ser ordinariamente ni muy lento, ni muy precipitado; pero es lícito a los hombres de negocios precipitarlo un poco en la horas de trabajo (...) En una mujer siempre será impropio el paso acelerado (...) los movimientos deben ser naturales y propios de la edad, el sexo y las demás circunstancias de cada persona. Suavidad y decoro en la señora, modestia y gentileza en la señorita, moderación y gallardía en la joven (...) Y estudio y práctica de posiciones, como medio de adquirir movimientos elegantes⁵.

Los manuales tratan de reeducar los cuerpos, y dirigen sus premisas especialmente a las parejas, que deben desaprender los hábitos montañeros, para aprender a comportarse en público. La pareja civilizada sabe vivir

al ritmo de la ciudad sin perder su categoría aristocrática, trata de dejar atrás su condición pueblerina y campesina, en su denominación peyorativa, la sociedad habla de “dejar el capote”, buena evocación de lo natural, lo verde, lo orgánico. La pareja aristocrática resalta su *glamour* de clase en la gestualidad y postura permanente de su cuerpo, la firmeza de su rostro, y el sinnúmero de accesorios que representan su riqueza y capacidad de consumo. Es interesante el contraste de las parejas fotografiadas entre 1900-1940, al evidenciar la confrontación de clase entre montañeros y aristocráticos.

El Manual de Carreño sustenta una moral católica y civilizada, y en su contradicción trata de defender los valores religiosos tradicionales en correspondencia con la moral de los “nuevos ricos”: comerciantes y mineros que se enriquecen rápidamente y dejan el campo para instalarse en la ciudad y participar de los privilegios que ostenta “la aristocracia”. Los nuevos ricos inician su aprendizaje de “representar la vida urbana”.

Al mandamiento desafortado ‘enriqueceos’ de la sociedad burguesa, correspondió su otro mandamiento, el de ‘representar’. Y la ‘representación’ tuvo lugar principalmente en la esfera de la vida pública. Y la vida pública fue en el siglo pasado la Ciudad, ante todo la Gran Ciudad. La representación, que exigía la supresión de la espontaneidad, que suponía ‘buenos modales’ y que se llamó ‘sofisticación’, se fundaba a su

vez en la autoconciencia del burgués venido a más, en su personalidad. Y la personalidad estaba ‘creada por las apariencias’, en el más amplio sentido de la palabra⁶.

Vestuario femenino. Buen despliegue del artificio

Voy a hacer una descripción de lo que era una mujer: eran seres encantadores, tenían hermosas y abundantes cabelleras que les llegaban hasta un poco más abajo de los hombros, usaban una especie de falda que les cubría el cuerpo de la cintura para abajo, de suerte que los muslos quedaban ocultos; la cara, la piel del rostro era nacarada y transparente, no conocían ‘el bolo’, el ‘bermellón’ y las pinturas⁷.

Durante el período en estudio, la concepción del vestuario en la vida cotidiana de hombres y mujeres, sufre grandes transformaciones. Veremos cómo el vestido deja de estar caracterizado por las costumbres locales, para ingresar al sistema de la moda internacional, borrando las nociones de clase social y estatus local.

4. CARRASQUILLA, Tomás. De Dimitas Aria. En: Revista Cyrano. Serie III. No. 6. Medellín, Noviembre, 1921. Pág. 120.
5. CARREÑO, Manuel Antonio. Manual de Urbanidad. Pág. 126.
6. GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. Modernismo: supuestos históricos y culturales. 2da. Edición. Colombia, Fondo de Cultura Económica. Pág. 76.
7. ARANGO VILLEGAS, Rafael. Así eran las mujeres. En: Obras Completas. Madrid, Editorial Guadarrama, 1955. Pág. 658.

A principios del siglo XX, en el vestuario femenino todavía se establece claramente el paso de la niña a su adolescencia, y el paso del estado de mujer soltera a casada. Una niña de 14 años se encuentra en el límite de su niñez. Con la transformación fisiológica de su cuerpo viene el cambio de su vestuario y su comportamiento. Como niña "andaba descalza, llevaba una blusa de tela burda, falda corta"⁸; pero cuando despierta de sus sueños de niña y comienza a sentirse mujer, debe cambiar sus trajes: "... a sus vestidos había que soltarles algunas alforzas y agregarle ciertos adornos, debía cuidar de peinarse bien todas las mañanas y no tiznarse demasiado las manos, ni acercarla al fuego; no debía dejarse ver a pie limpio, aunque sea acudiendo a las arrastraderas"⁹.

La niña que va camino a la adolescencia debe tomar conciencia de su "estado femenino"; debe por tanto comenzar a vestir su cuerpo con los cuidados y precauciones necesarias de quien sabe que "comienza a llamar la atención de los hombres".

Bajo este nuevo estado "se le prohíbe absolutamente salir a la calle". Durante su niñez ella cumplía con los mandados domésticos, como proveer de leña, agua, alimentos al hogar. Ahora cumplirá con los oficios domésticos en el interior de la casa. Entonces comienza para ella a llenarse de significado la *ventana*: "había que aprovechar las frecuentes *encamadas* o ausencias de su madre para darse algunas asomaditas a la

ventana [...] teniendo en cuenta antes darse un vistazo en el espejo"¹⁰.

Cuando la mujer se comprometía en matrimonio y dejaba su estado de soltería, lo anunciaba con su vestuario: "Tenía que alargar sus trajes hasta el tobillo y con ellos salía a despedirse de sus amigas [...], el ver en la calle una soltera con traje largo, era señal de que estaba cercana la fecha en que pasaría al gremio de las casadas"¹¹. Todos los cuidados habituales en su soltería, como "peinados con capul, exagerados afeites y coqueteos de cualquier género", debía abandonarlos y sustituirlos por "peinado liso, salir siempre envuelta en el pañolón, llevar muy moderado arreglo en su persona".¹² La adolescente mantiene el rigor del cuerpo cubierto, aunque su falda suba a la rodilla, debe mantener las piernas cubiertas con medias; los brazos sólo se descubren un poco, hasta el codo, ocultando los hombros con abultados encajes. Su rostro no lleva maquillaje y mantiene el cabello largo.

Con la modernización, los rituales de iniciación vestimentaria femenina comienzan a perder significación. En la ciudad emergen normas sociales que responden ante todo a patrones económicos internacionales, que rompen los cánones tradicionales, regionales y personales para imponer un traje estandarizado a través del discurso de "la moda internacional". La moda unifica el vestuario y las costumbres de cada grupo social y las prácticas vestimentarias comienzan a obedecer a la "tiranía de la moda"

impuesta primero por París en la década de 20 y luego por New York en los 30.

El discurso religioso lamenta éstos cambios que unifican el vestido de la mujer. Las nuevas concepciones vestimentarias que obedecen a la moda son relacionadas con la "crisis moral" que se vive en los años 20, esos años locos. La iglesia se queja porque las vírgenes —solteras y las madres— experimentadas, quieren gozar, sin distinción del estatus social que prodiga el "placer de moda". Las mujeres (jóvenes soltera y adultas casadas) vinculadas a la moda promueven una "búsqueda mundana" y "pecan hondamente".

*Qué pecado es la inmodestia en el vestir, la carencia del pudor en el porte exterior de la moda, actualmente generalizada en el mundo y en la cual la decencia anda por los suelos, pisoteada por la vanidad y la superficialidad de las mujeres esclavas del deseo de ser vistas, apetecidas y deseadas, impudicamente (...) Cuando no se refrenan las pasiones interiores no hay moderación en los movimientos exteriores y no lo habrá en el vestir y en el porte, se llegará hasta los últimos extremos a que ha conducido la moda actual a multitud de mujeres*¹³.

Uno de los cambios más significati-
8. MONTOYA, Wenceslao. La Fiera. Medellín, Tipografía Industrial, 1927. Pág. 70.

9. Ibid. Pág. 90.

10. Ibidem.

11. Ibid. Pág. 188.

12. Ibidem.

13. FAMILIA CRISTIANA. Medellín, Nov. 1920.

vos sobre el vestuario femenino y su diferenciación social es el calzado; a principios de siglo llevar o no calzado indicaba la clase social a que se pertenecía; el calzado separa claramente a las mujeres entre *damas* y *campesinas*. Las campesinas, aún en Semana Santa, tiempo en que lucen su estrén de pascuas, "van casi todas descalzas"¹⁴, y aquellas otras que logran completar su estrén, incluyendo el calzado, lo usaban "sólo para ir a la iglesia y salir a la calle en circunstancias especiales, pues para estar en la casa o ir a los bañaderos en caminatas vespertinas o paseos al campo, era a pie limpio o en alpargatas"¹⁵.

Este criterio de diferenciación fue desapareciendo, gracias a las nuevas posibilidades de consumo de la clase popular, proporcionadas por los procesos de industrialización y las relaciones salariales. Las clases populares comienzan a usar calzado en su vida cotidiana, pero aún permanecía la diferenciación y el señalamiento porque cuando una mujer pobre comenzaba a usarlo se decía que "quería meterse a señora de media y calzado"¹⁶.

Otra transformación en la diferenciación del vestuario, se sucede con la implantación del sistema de producción, denominado *Prêt-à-porter* (listo para llevar). Este sistema promueve la producción en serie del vestuario ampliando su comercialización, y genera ventas masivas, con el correspondiente consumo de moda para las clases populares. Gra-



cias al *Prêt-à-porter* el uso exclusivo de trajes signado sólo a la *alta costura* puede empezar a ser desplazado por una moda industrial, que ya no lleva la marca del diseñador, sino de la casa productora.

La producción y el consumo masivo de vestuario también ocasionan la desaparición de los vestuarios regionales, borrando los tradicionales significados culturales y los ritos de iniciación marcados por el vestuario, tanto para hombres como para mujeres. El vestido deja de responder a *estados* y condiciones sociales y regionales, que imponían trajes particulares para niña/niño- adolescente y la mujer casada. La sociedad urbana comienza a instalarse bajo otro patrón de diferenciación social que

responde a la capacidad de ingreso monetario y su consumo correspondiente.

La sociedad moderna participa de un nuevo proceso económico donde existe una oferta abierta de mercancías, dispuestas por la fabricación en serie; las diversas clases sociales, incluyendo la clase obrera, entran a participar de dicha oferta, gracias a sus ingresos salariales. Este intercambio económico hace que tenga lugar un proceso de unificación e uniformidad en el vestuario, proceso en el cual, "...el lujo invade por igual las diversas clases sociales y no es fácil distinguir por la indumenta-

14. MONTROYA, Wenseslao. Op. cit. Pág. 165.

15. *Ibidem*.

16. *Ibidem*.



ria la señora de la criada. Sirvientas horizontales, obreras y campesinas ostentan calzados de última moda, medias de seda, trajes de valiosas telas, fabricados según los últimos figurines¹⁷.

Este nuevo orden social ya no establece una diferenciación, en el vestuario y el comportamiento, entre una mujer soltera y una mujer casada; poco a poco se ve pasear en público mujeres casadas con figura y gestualidad propias de una mujer soltera: "vestidas con traje a la *corva*, motiladas a lo *garçon* y ostentando en el rostro todos los refinamientos y afeites; en los ojos toda la femenil coquetería..."¹⁸.

Bajo el nuevo orden de consumo la figura de la "mujer elegante, refinada y aristocrática" comienza a quedar en el imaginario del siglo XIX, donde la "bien vestida" llevaba un traje cerrado y estrecho de muselina o

seda, con talle ceñido, gracias al uso del *corset*, que entallaba la cintura y dejaba explayar la falda por medio del *miriñaque* o la *crinolina*, artefacto elaborado de alambre, que rodea la cintura y busca realzar la parte posterior del traje. Las mujeres aristocráticas de Medellín copian ese modelo francés denominado *Fin-de-sigle* que existirá hasta la década de 1910, momento en que el diseñador Jean Poiret suaviza la figura femenina al suprimir el uso del *corset* y el *miriñaque*.

Entre los accesorios se destacaban guantes, abanicos, sombrillas y mantillas, considerados sinónimo de máxima elegancia. El tocador de una mujer elegante contenía pañuelitos de raso o de seda fina bordados, peinillas y peinetas de carey, pelucas con imitación de rizos y trenzas en variados colores y tamaños. Para el maquillaje contaba con polvo de arroz y bolo como colorete para las

mejillas.

Las "mujeres del pueblo" vestían una falda amplia y larga acompañada de enagua, y la camisa de largas mangas llevaba bordados alrededor del cuello y evitaba el amplio escote. Este vestido se acompañaba de pañuelo de algodón o seda en forma de pañoleta en el pecho. En la hora de misa utilizaban vestido negro de tela más fina acompañado de mantilla de paño. El viajero Charles Safray las describe:

Todas las que van a misa se visten de negro, cubriendo su cabeza con la característica mantilla, que recogida sobre la frente, les contagia un aire de notable modestia. Pero como los ojos quedan descubiertos, y son muy negros, resaltan más aún cuando están velados por largas pestañas (...) Nunca faltan, momentos en que la

17. Ibid. Pág. 167.

18. Ibid. Pág. 189.

*mantilla se desarregla, lo cual obliga a su dueña a elevar graciosamente ambos brazos sobre la cabeza para prenderla mejor, entonces, dejan ver, como por casualidad, el busto y el rostro. A fin de aprovechar estas oportunidades, los elegantes de la población acuden solícitamente los domingos al atrio de la iglesia*¹⁹.

La mujer con mantilla cumple una norma social que se extiende tanto para las damas como para la clase popular. La mantilla enuncia el carácter de mujer religiosa que se dirige a la iglesia. Las damas acompañan sus trajes de misa con mayores adornos, como sombreros de velo, guantes, carteras y cintas. Llevan además joyas, gargantillas, zarcillos largos de oro o plata, sortijas en los dedos de variados materiales.

El ingreso al siglo XX comienza a modernizar el vestuario, así entre 1900-1910 las damas suben un poco el largo de su vestido, dejando ver el tobillo, mantienen la manga larga que forraba el brazo hasta la muñeca y todavía lleva el *corsé*. La forma de llevar el cabello se transforma un poco con el peinado alto, con crespos redondos. Sus aditamentos serán guantes, pavas grandes, sombreros de plumas y mantilla. La sombrilla conserva el lujo exhibido en el bordado y encaje de adorno.

Durante los años 20, los múltiples cambios sociales y económicos que vinculan a la mujer al mundo laboral y a la participación de la vida pública conllevan a una gran transformación

del vestuario. El *corsé* tiende a desaparecer con la nueva línea recta del vestido que deja de marcar la cintura. Los colores pasteles son incorporados al vestido, dejando atrás el uniforme blanco o negro.

Así las damas de Medellín abandonan las faldas anchas, que llegaban hasta la altura del tobillo y dejan atrás las camisas de manga larga y escote cerrado. Con el nuevo vestuario femenino, la mujer clama *libertad*. La nueva línea de vestido exhibe falda corta a la altura de la rodilla que proporciona un movimiento *desenvuelto*, las piernas ahora van descubiertas, y aprenden a lucir sus rodillas con el insinuante carrizo al que comienzan a habituarse, y ponen en evidencia además, que "... las señoritas eran pierni/blancas, hecho comprobable únicamente por el novio, la noche de bodas o cuando iban de paseo, en diciembre. Ver piernas blancas y torneadas era un milagro, para los días felices en que los reverendos padres conceden las vacaciones"²⁰.

El resto de la nueva silueta se complementa con el moderno peinado a lo *garçon*, que suprime el cabello largo y las trenzas, para lucir un corte alto, recto, a la altura del cuello, y por tanto descomplicado. También ablanda el *corsé* para conquistar soltura, y dejar de comprimir su talle y sus pulmones. Suprime las largas ligas que dificultan la circulación, los tacones altos que deforman el pie y pasa a la babucha de cordobán. La nueva figura femenina responde a una imagen de "mujer esbelta,

fresca, elástica (...) pura pose modernista de muchacha ágil, delgada, vivaracha (...) que pierde el pudor y la timidez"²¹.

La nueva figura femenina será promocionada por las revistas de moda locales que tienen corresponsales claves en París, y mantienen informada a la mujer. Además en la ciudad de Medellín aparece un amplio comercio donde se puede adquirir telas, sombreros, zapatos y demás accesorios de moda, como fueron la Feria de París, el Salón Francés, Salón Rojo, El Chic. La revista Cromos tendrá una alta difusión en el país, y a través de su separata "Elegancias" entrega semanalmente a sus fieles lectoras los secretos y las actualidades de la moda.

Estos cambios vestimentarios y de expresión corporal moldean una nueva mujer. El cabello corto aparece como sinónimo de *modernismo*, acompañado de labios y mejillas rosadas, cejas delgadas y delineadas, faldas suaves, vaporosas, esponjadas y altísimas, acorde con la nueva silueta femenina que le imprime "claridad, movimiento, soltura, nuevas expresiones que le permiten el acceso a los autos, a los tranvías y el fluir de la calle"²².

19. SAFRAY, Charles. Viaje a la Nueva Granada. 3 ed. Bogotá, Incunables, 1984. Pág. 92.

20. GONZÁLEZ, Fernando. Postulados sobre Medellín. En: Rev. Universidad de Medellín. No. 15. Medellín, Dic. 1987. Pág. 160.

21. GALLEGU, Romualdo. El Sabor de la Vida. Op. cit. Pág. 75-76.22.

Los cambios que imprime la moda a la figura femenina, provocan la aparición de dos corrientes sociales. Una conservadora, otra liberal. La conservadora defiende los atributos femeninos de la mujer tradicional, y enuncia la “modernización, como “pérdida de la feminidad”, hablan de la “tiranía de la moda (...) que conducen a la mujer a grandes sacrificios, como cortar su encantadora cabellera, suprimir sus hermosos y gruesos arcos, esas cejas que le dan vida a sus ojos y elevar la falda, colocándola en situaciones embarazosas cada vez que aparece en público”²³.

La corriente conservadora hará su crítica más fuerte a la “tiranía de la moda” cuando aparece una silueta femenina que quiere gozar de las comodidades masculinas. Se trata de la aparición del pantalón, introducido por los “juegos deportivos” que promueven un cuerpo atlético y en permanente movimiento, y por tanto necesitan suprimir la falda y gozar de la comodidad que prodiga el pantalón: “La mujer deportiva necesita un traje fresco que le permita sentirse desembarazada para salir andando a prisa y luego jugar al tenis o al basquetball”²⁴.

Los discursos de vanguardia, aquellos que quieren “estar a la moda”, enuncian las transformaciones del vestido, como una “liberación de la mujer” que busca adecuarse al ritmo urbano, moderno, frenético, cambiante e inestable. Son discursos de avanzada que no temen al tiempo que impone la Gran Ciudad: ágil, dinámico, rápido. Nuevo tiempo que se corresponde con una mujer seductora, coqueta... aquella mujer que se dirige a la calle y va al trabajo, al club, a la fábrica, al cine, ingresa a la vida pública y juega un nuevo papel social.

La nueva imagen femenina será perseguida y denunciada por varios discursos oficiales: religiosos, médicos y de urbanidad. El religioso realiza un serio seguimiento de la moda vestimentaria para poder “conservar el pudor, la castidad y el honor de las mujeres”. El discurso medido hablará de “desviación y perversiones de la mujer”, cada vez que ella se masculiniza. La urbanidad, por su parte, trata de controlar el comportamiento de la mujer en público, estableciendo los “buenos modales”. Se trata de discursos que enuncia los estigmas femeninos relacionados con el desarrollo moderno.

El discurso religioso, en su afán de proteger la modestia cristiana, persigue al detalle las expresiones de la moda en el escote, las telas, el maquillaje, como se enuncia en el artículo Socialismo y Modas:

*Hacemos notar: 1. Que es contrario a la modestia cristiana llevar trajes exageradamente escotados, o sea, que dejen descubierto el pecho y la espalda. 2. Es contrario a la modestia cristiana el usar trajes de telas vaporosas o transparentes y que no cubren la mayor parte del cuerpo. 3. También, usar trajes demasiado cortos o altos, y tratándose de niñas de poca edad, la honestidad exige que el traje baje siquiera hasta debajo de la rodilla, y que no sea tan estrecho que dibuje las formas del cuerpo*²⁵.

La silueta femenina recibirá otros estigmas, a través del discurso médico, que enuncia en la “mujer moderna” la aparición de una “desviación de la mujer”, muestra como los nuevos usos de su cuerpo que tienden a la “masculinización de los gestos”, llegan a clasificarse como “perversiones”, y realiza una amplia clasi-

ficación que se corresponde con la nueva figura de mujer, se trata de “...rasgos masculinos que presentan las mujeres pervertidas, se incluye el hecho de que visten trajes-sastre, calzan zapatos bajos y llevan el cabello anormalmente corto; rara vez usan *corset* (...) Así una mujer invertida se caracteriza por el hecho de beber, fumar, tener hábitos independientes”²⁶.

Para 1920 encontramos una nueva categoría social para la mujer, se trata de la mujer trabajadora, contratada como obrera, secretaria, dactilógrafa, telefonista, y a su lado se exhibe la mujer burguesa, que asiste cotidianamente al club, los paseos, los bailes. Son tipos de mujeres que incursionan en espacios vedados para ellas en épocas anteriores. Ahora su cuerpo se convierte en centro de atención y la vida urbana le posibilita exhibirlo acorde con las “siluetas de moda”: “El vestirse bien se transforma en vestirse a la moda, contrariando las recomendaciones del buen gusto. Nace la línea esbelta

22. OSPINA DE NAVARRO, Sofía. Menos redes. Rev. Lecturas Breves. Medellín, Vol. I, No. 4. mayo, 1923. Pág. 49.
23. Rev. El Bateo, No 796. Medellín, mayo 29, 1926. Pág. 6.
24. Rev. El Bateo. Extravagancia y mujeres. Medellín, marzo 6, 1926. Pág. 4. El Bateo. En qué quedamos. No. 840. Medellín, marzo 28, 1927. Pág. 14. Las modas de ellas. Rev. Athenae. No 1, enero, 1927. Pág. 5. "Reduciendo el traje a su más simple expresión". La Revista. No. 1. Feb. 5, 1925. Pág. 18. Señorita 1929. Rev. Sábado. Año V, No. 120. Medellín, Abr. 13, 1929. Pág. 1693. El Talle. Rev. Lecturas Breves. Vol. I No 14. Medellín, Jul. 18, 1923. Pág. 192.
25. FAMILIA CRISTIANA. Pastorales de los señores obispos para Cuaresma. No. 763. Medellín, marzo, 1921.
26. CHAUNCEY, George. De la inversión sexual a la homosexualidad: La medicina y la conceptualización de la desviación de la mujer. En: STEINER, George. (Comp.) Homosexualidad literatura y política. Madrid, Alianza Editorial, 1985. Pág. 83.

y recta que predominó en el primer lustro de los años 20. El talle bajo y la falda larga que enseña las pantorrillas, compitió con mangas, faldas cortas y escotes”²⁷.

Encontramos un nuevo cuerpo promovido por el diseñador Jean Poiret, quien desde París propone otra forma de exhibir el cuerpo femenino, a través del “nuevo corte” que revoluciona la silueta y abre camino al estilo sastre, con la indispensable reducción de la ropa interior y la supresión del *corset*.

La moderna figura femenina perfila “una muchacha ágil, delgada, vivarachita, de cabellos cortos, de labios pintados y aficionada a saltar con nosotros en el tenis y en el baseball”²⁸. Se trata de una mujer que aprende a desenvolverse en público. Esa mujer pública, se ve asaltada continuamente por la “conciencia cristiana”, que mide la inclinación de sus actos a la hora de vestirse, caminar por la calle, conversar en público... pues como mujer pública goza de la capacidad

de exhibición que le prodiga la vida urbana, que igualmente la invita a cubrirse de artificio.

Ante una moda que se posiciona como mercado internacional que invade todos los espacios sociales, la iglesia trata de guardar, al menos, el último rincón que no se ha laicizado, el templo. Así, marca la diferencia entre el “vestido de la iglesia” y el “vestido de la calle” y resalta la incongruencia de una mujer que comparte dos personalidades: la sacra y la profana. Olvidando que en la vida de las Grandes Ciudades “la personalidad urbana es la fe en las apariencias inmediatas”. En las dobles personalidades la iglesia enuncia otra *desviación* de la mujer:

*¿Qué recogimiento puede tener en la casa de oración la mujer que para ir a ella se ha ataviado sin recato, con el fin deliberado de llamar la atención y de atraer sobre sí las miradas de los hombres? No hay duda, las modas actuales son la muerte de la piedad (...)*²⁹.

La vida urbana posibilita el juego de las apariencias, que olvida los discursos estables, permanentes y unificadores, para aliarse con energía al intercambio incesante de los estilos de vida fluidos e inestables. El *ser* puede camuflarse y *aparecer* como quiere, como lo posibilite la moda. Los nuevos ciudadanos enfrentan la vida pública con una renovada conciencia, pueden estar en exhibición administrando su imagen, sin atender contra la personalidad, pues su personalidad es exhibirse.



27. DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo. El espíritu de las modas femeninas en el siglo XX. En: Historia de la mujer en Colombia. Tomo 2. Bogotá, Norma, 1995. Pág. 115.
28. GALLEGO, Romualdo. El sabor de la vida. Op. cit. Pág. 76.
29. FAMILIA CRISTIANA. No 910, Medellín, marzo, 1924.

Adpostal *Llegamos a todo el mundo!*



CAMBIAMOS PARA SERVIRLE MEJOR A COLOMBIA Y AL MUNDO

ESTOS SON NUESTROS SERVICIOS

VENTA DE PRODUCTOS POR CORREO
SERVICIO DE CORREO NORMAL
CORREO INTERNACIONAL
CORREO PROMOCIONAL
CORREO CERTIFICADO
RESPUESTA PAGADA
POST EXPRESS
ENCOMIENDAS
FILATELIA
CORRA
FAX

LE ATENDEMOS EN LOS TELÉFONOS
2438851 - 3410304 - 3415534
980015503
FAX 2833345

C O R P O R A C I O N
REGION

CALLE 55 41-10
TEL: (57-4) 2166822
FAX: (57-4) 2395544
A.A. 67146
MEDELLÍN - COLOMBIA
coregion@epm.net.co
www.region.org.co



**Quien los hubiera comparado
habría visto que eran esencialmente iguales**

Jorge Luis Borges
(Nueva Antología personal)